VIDA

DE LA

BEATA MARGARITA MARIA ALACOQUE

ESCRITA EN FRANCES

POR EL R. P. JUAN CROISSET

DE LA COMPAÑIA DE JESUS

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO POR EL

REV. P. PEÑALOZA

DE LA MISMA COMPAÑIA

MÉXICO.

Imp. de "El Círculo Católico"

Calle de Medinas núm. 25

—

1889.

VIDA

DE LA BEATA MARGARITA MARIA ALACOQUE.

Sor Margarita Maria Alacoque, fué una Religiosa de la Visitación de Santa María en el Monasterio de Paray, ciudad del ducado de Borgoña. Escogióla Dios singularmente para dar á conocer la devoción al sagrado Corazón de Jesús, habiéndola prevenido á este fin, casi desde la cuna en las bendiciones de su dulzura, con tanta profusión y de una manera tan extraordinaria, que se pudo creer, que las sublimes virtudes que practicó en su más tierna edad, llegaron á tener algo de maravilloso. El amor extremo que siempre tuvo al desprecio de sí misma, á vivir oculta y desconocida, y el silencio inviolable que su profunda humildad la hacía continuamente guardar sobre todo aquello que por cualquier camino la podía grangear alguna honra ó estima, nos hubieran sin duda robado el conocimiento de la mayor parte de estas grandes gracias, si la desconfianza que siempre tuvo de sus propias luces, el temor de ser engañada, y la perfecta sumisión que tuvo toda la vida á las órdenes de sus confesores y superiores, no la hubieran obligado á consultar algunas veces á las

personas en quienes tenía mayor confianza, y hacer asimismo algún resumen de las gracias más señaladas que había recibido de Dios, en cuya obediencia llegó tal vez á sentir una repugnancia tan extraña, que no pudiéndose vencer en esto de otro modo, se obligó con una especie de voto á obedecer en todo ciegamente. De estas dos fuentes, y de lo que dejaron escrito de ella algunas de sus superioras, se ha sacado lo que aquí se dirá.

Como Dios había destinado á esta sierva suya, para dar á conocer al mundo una devoción, que no mira á otra cosa, ni tiene otro fin, sino hacer amar ardientemente á Jesucristo, habíala casi desde la cuna abrasado en un tal ardiente amor de este Salvador divino, que apenas comenzó á vivir, cuando ya no tenía otro placer, que aquello que pensaba ser lo más agradable á este su divino Esposo. Desde la edad de dos á tres años daba muestras de un tan grande horror aun á la misma sombra del pecado, que advertido esto por sus padres, cuando querían contradecirla alguna de sus afecciones, bastaba la dijesen que era ofensa de Dios, y sin ser menester más palabra, al punto cesaba todo. La gracia, previniendo el uso de la razón, y supliendo lo débil y tierno de la edad, la inspiró sentimientos tan nobles y generosos, que hay motivo justo para dudar si en muchos siglos pasados se vió cosa que fuese igual, ó semejante en este punto.

Desde esta primera edad, que es tan poco oportuna para una virtud heroica, hizo acciones que parecían efectos de una virtud ya consumada. El

Espíritu Santo quiso enseñarla por sí mismo el punto principal de la vida interior, comunicándola el espíritu de oración, porque desde entonces tuvo de ella un dón tan singular, que sin haber sido enseñada á meditar, ni tener de ello algún uso, se halló de repente y como de un golpe, elevada á una alta contemplación. Después, todo su placer era pasar las horas enteras en oración; y cuando no la hallaban puesta de rodillas en algún rincón de la casa, era costumbre irla á buscar á la iglesia, en donde la hallaban inmoble como un mármol delante del Santísimo Sacramento.

Desde entonces hizo voto de perpetua virginidad, el cual renovaba en todas las misas después de la Consagración. Toda su vida tuvo una ternura tan grande para con la Santísima Virgen, y fué tan tiernamente amada de esta soberana Reina, que después de haber estado postrada con una especie de perlesía por espacio de cuatro años, siendo inútiles todos los remedios, no hizo una vez más que acabar de ofrecerse y consagrarse á su particular servicio por todo lo restante de su vida con un voto expreso, cuando en aquel mismo punto se halló milagrosamente sana.

El espíritu de la mortificación, juntándose al de la oración, la hizo concebir un odio santo contra sí misma, y un tan grande amor á la Cruz y Cáliz del Señor, que jamás buscó desde entonces otra cosa, que el padecer y sufrir: pasaba á veces días enteros sin comer, y jamás comía sino de lo menos bueno, en cuanto le era posible y permitido. Usaba, para macerar su inocente y tiernecito cuer-

po, de instrumentos de mortificación, tales, que podían poner miedo á los penitentes más austeros: ceñíase tan apretadamente los brazos con unas cadenillas de hierro, que llegando á sobreponerse la carne, cubría de tal suerte estas cadenillas, que no podían después sacarse sin hacer un no pequeño estrago en la misma carne.

Desde la edad de diez ó doce años, su cama de ordinario era la tierra, pasando frecuentemente buena parte de la noche en oración, aun en lo mas áspero y crudo del invierno.

El amor ardiente de Jesucristo, que era el origen y manantial de todas estas austeridades, la inspiró una compasión y un amor extremo para con los pobres: teníales un tan profundo respeto y veneración, que muy frecuentemente se veía toda movida á postrarse á sus piés, como quien miraba en ellos sin duda la Persona de Jesucristo. Su caridad la atraía luego á sí una multitud de pobres, para quienes no pocas veces se privaba de su propio sustento; mas nunca los despedia, hasta haber primero instruido en los principios de la fé á los más ignorantes.

Estos eran los ejercicios en que esta santa niña pasó todo el tiempo que la fué preciso vivir en el siglo, en el cual el pecado mayor que se acordaba haber cometido, y que después procuró borrar con tantas lágrimas y tantas austeridades, fué haber por algún breve tiempo cuidado de vestirse aseadamente, bien que sin otro motivo que el de complacer á su madre que se lo ordenó así.

Bien se deja ver, que alma adornada de una tan

sublime y extraordinaria virtud, y tan querida de Dios, no era para el mundo: todo su anhelo era por el retiro y soledad; y como nada la era gustoso y agradable sino Dios, y las diversiones de las personas que viven en el mundo, fuesen para ella como una cruz insoportable, sólo la vida religiosa era todo su atractivo: mas sus padres no podían resolverse á separar de sí una tan preciosa prenda; hasta que á fuerza de ruegos, de súplicas é instancias, vino á alcanzar su bendición, para lo que tan vehementemente deseaba. Habíala Dios dotado de un espíritu vivaz, de un juicio sólido, águdo y penetrante, de una alma noble, y de un grande corazón: su perfecta modestia, su apacibilidad inalterable, su anhelo por la oración, la devoción extraordinaria al Santísimo Sacramento y á María Santísima, su mortificación, y sobre todo, su rara y profunda humildad, que la hacía no atribuirse á sí misma ninguna de estas tan excelentes virtudes, eran los bellos efectos de este amor ardiente á Jesucristo, que se puede decir con toda propiedad, fué en ella su distintivo y carácter.

Con estas hermosas calidades y admirables virtudes estaba ya adornada esta esposa de Jesús, cuando entró en la Orden de la Visitación de Santa María, que fundó el glorioso San Francisco de Sales, Obispo y Príncipe de Ginebra, en cuyo delicioso vergel, no tanto necesitaba producir las ricas plantas y hermosas flores de tan sólidas virtudes, que ya llevaba consigo, como el de cultivarlas más y más cada día, y coger los abundantes frutos que se podían esperar.

A la verdad, como ya llevaba un corazón tan libre, y depurado de todas las pasiones que ocasionan tantos combates en otros, su ocupación fué el elevar al último grado de perfección las virtudes que ya tenía, por la dirección de la obediencia, la cual la sirvió más de freno para moderar su fervor, que de espuela para excitarle. Bien persuadida, de que la observancia de sus reglas era el más seguro medio para llegar á aquella alta perfección á que Dios la había llamado, se impuso al punto la ley inviolable, de guardarlas con extremada exactitud; fué esta tal, y guardólas tan á la letra, que se pudiera decir, tuviese en ello tal vez algun exceso, á no ser tan notorio, que esta tan extraordinaria puntualidad no provenía de otro principio, que de una suma fidelidad en no despreciar ocasión alguna de crecer en la gracia de Dios, y hacerse más agradable á sus divinos ojos. En lo demás ella sostuvo siempre estas demasías de regularidad con un tal aire de santidad y un tan grande número de virtudes, que cuanto ejecutaba, todo la adquiría la veneración, y el respeto. Sobre todo, llegó á formar una tan alta idea de la obediencia, y se rindió á ella tan perfecta y ciegamente, que se puede asegurar, tuvo esta virtud en el grado mas alto y excelente, y llegó hasta sofocar aquellos primeros movimientos naturales, de que por lo común no somos dueños y nos inclinan á hacer ó desear otra cosa distinta de la que se nos manda: en orden á los favores y gracias tan extraordinarios con que tan frecuentemente la regalaba el Señor, jamás quiso otras reglas para su

conducta, que la voluntad de sus superiores, persuadida, que el que se substrae de la obediencia, necesariamente se aparta del espíritu de Dios.

No es tampoco fácil de decirse, cuál fué tambien su despego y desasimiento de todo aquello que no era Dios: jamás pudo obtenerse de ella aceptase cierta pensión que sus parientes la querían asignar; y todos aquellos necesarios alivios, de que fué obligada á usar á causa de sus enfermedades continuas, apenas la podían ser tolerables, mientras no fuesen compatibles con la más exacta pobreza; virtud, que durante toda su vida, mantuvo hasta la delicadeza, y aun hasta el escrúpulo. Su mayor ocupación fue siempre la oración. Llegó á unirse tan estrechamente con Dios, especialmente los últimos diez años de su vida, que aun el sueño mismo le interrumpía pocas veces este pensamiento; ó por mejor decir, este mismo pensamiento era el que interrumpía ordinariamente su sueño. Su dulzura y su prontitud agradable para todo, siempre igual, eran tanto más admirables, cuanto se hallaba en ella menos de disposición natural; mas por esta continua vigilancia sobre sí misma, por esta su constante mortificación, y más principalmente por esta unión con Dios, llegó á adquirir una tranquilidad de alma tal, que siempre se dejó ver en ella con admiración; y la gracia la elevó á un grado tan alto de paz y de igualdad de ánimo, que siempre se mantuvo inalterable á la prueba de todos los sucesos y acontecimientos de su vida: fué enemiga de toda singularidad, y solía decir, que tenía por tentaciones todos aquellos pen-

samientos de devoción, que eran incompatibles con las obligaciones más pequeñas de su estado.

Estaba tan lejos del cuidado censurable de su salud, que fatigaba incesantemene á sus directores y superioras, para alcanzar la permisión de macerar su cuerpo débil é inocente con nuevas invenciones de austeridad. No parece fácil que aumentase algo más en la religión la penitencia, á lo que había hecho en el siglo; pues es evidente, que la obediencia la sirviera de freno, para moderar aquellos excesos á que la estimulaba su fervor.

Mas lo que es digno de toda admiración es, que si bien casi siempre vivió consumida de dolores y enfermedades, y practicó todo género de penitencias y mortificaciones, de tal suerte, que asombraba á cuantos conocían lo débil de su salud, y delicado de su complexión; estaba de esto tan poco satisfecha, que su lenguaje en este punto era decir, que ella nada padecía y nada se mortificaba. Los que tuvieren la dichosa suerte de emprender la relación de sus acciones, dando á luz la historia de su vida, hallarán en este punto sobrado para confundir la flojedad de no pocos, que pasan por mortificados y espirituales.

El deseo extremo que tuvo siempre de buscar todas las ocasiones de afligirse y mortificarse, y su fidelidad en aprovecharse de estas ocasiones, fueron el origen de las más grandes y señaladas gracias de que la colmó el cielo.

Tenía tan extraña repugnancia á ciertos géneros de viandas, que sus parientes se vieron obligados, cuando entró en la religión, á pactar con

la superiora, el que nunca se las darían; mas permitió el Señor, que al fin de su noviciado, una de las hermanas por descuido la sirviese una de ellas; al punto que la tuvo delante la fervorosa Novicia juzgó que era una bella ocasión para hacer de sí un tal cual sacrificio, que sería tanto más agradable á su esposo, cuanto sentía en sí mayor dificultad en hacerle. Llevada, pues, del deseo de no portarse jamás mezquinamente con Dios en abrazar todas las ocasiones de mortificación que se la ofreciesen, venció generosamente esta extrema repugnancia. Los dolores excesivos que sintió todo el resto del día, y otras incomodidades que se siguieron á esta victoria, mostraron bien, cuán vigoroso fué el esfuerzo que había hecho para vencerse. Mas Jesucristo recompensó bien pronta y liberalmente la generosidad de su sierva. Desde aquella noche, al entrar en la oración, se sintió con el corazón tan abrasado en el amor de Jesucristo, que apenas le era posible sufrir estos divinos incendios. Dióla á entender el Señor desde entonces, clara y distintamente, cuántas gracias y señalados favores se le habían de seguir á este generoso vencimiento: y desde este mismo punto empezaron á ser más vivas sus luces interiores, las impresiones más fuertes, las gracias más abundantes, los favores del cielo mas frecuentes. En fin, desde este momento no halló jamás dificultad alguna que fuese capaz de apartarla ó detenerla en el camino de la piedad y perfección.

Su silencio, su conversación, su continencia, su acción, todo su exterior, inspiraba en cuantos la

veían, la veneración á su persona, y el amor á la virtud: cualquiera que la miraba, se sentía movido á devoción, y no se la oía jamás hablar, sin concebir una idea grande de la santidad, y un deseo no poco ardiente de conseguirla. De los que la trataron, ninguno dudó que había conservado siempre la inocencia del bautismo, y uno de sus Directores, que la confesó generalmente cinco ó seis años antes de su preciosa muerte, estuvo por mucho tiempo perplejo, y deliberando si la mandaría escribir, y conservar la confesión, con la esperanza de que por un instrumento tan oportuno, se hiciese después de su muerte patente á todo el mundo la pureza extremada de esta bella alma, y dar á conocer por aquí la inocencia, la delicadeza y santidad sublime á que puede llegar una alma, á quien escoge Dios para gobernarla y colmarla de sus bendiciones desde la cuna.

Esta grande inocencia, y el ejercicio continuo de tantas virtudes, fueron como los escalones por donde subió á aquel grado altísimo de contemplación á que fué elevada. Si la vida de la Seráfica Santa Teresa, Santa Catalina de Sena, las Venerables María de Jesús, Marina de Escobar y otras muchas, no nos hubieran instruido bien de las maravillas que Dios obra algunas veces en una alma á quien él quiere honrar con sus visitas, y á quien se digna de comunicarse familiarmente en el ejercicio de una sublime oración; pudiéramos bien aprenderlo en la historia de la vida de nuestra Sor Margarita María, viendo las gracias extraordinarias y favores prodigiosos con que la honró el cie-

lo, en aquellas grandes y *familiares comunicaciones* que tan frecuentemente tuvo con Jesucristo; ni nos faltaría razón justa para dudar, si jamás ha habido cosa mas admirable en este género. Mas como al paso que tenía una alma noble y un discernimiento de las cosas sólido y penetrante, era tan en extremo humilde y desconfiada de sí misma; por una parte apenas podía dudar que todas estas grandes cosas que pasaban por su alma, no fuesen unas visibles señales del Espíritu de Dios; y por otra parte no parece podía acabar de persuadirse de que Dios se dignase hacerla unos favores tan extraordinarios y señalados.

Esta perplejidad la hizo creer, tenía obligación de romper aquel profundo silencio que su humildad prodigiosa le había hecho guardar hasta entonces sobre todo lo que miraba á estos singulares favores que recibia de Dios; y al cabo, por el temor de alguna ilusión, declaró á sus directores todo aquello que el Espíritu divino obraba en ella, mas Dios, para aumentar más el mérito de su sierva, permitió, que varios de aquellos que consultó, no conociesen por entonces su espíritu; reprobaron aquel innato anhelo que tenía por la oración: la trataron como á ilusa, y la prohibieron seguir los movimientos é inspiraciones de aquel Espíritu de que estaba poseida. No se puede juzgar bien qué atroz suplicio sea á una persona que la sobra conocimiento para advertir que no se engaña en orden á sí, y que tiene demasiada virtud para no obedecer; qué atroz suplicio (digo) sea este, querer obedecer, por más que no pueda dudar que no

se engaña. Muchos años toleró esta fuerte prueba, que ella misma aseguró ser la cosa más cruel que creía podía llegar á padecer en esta vida. Mas el Hijo de Dios, á quien descubrió un día, humildemente tierna y amorosa, su temor de estar ilusa, satisfecho ya de su tolerancia, le permitió, muy luego la enviaría uno de sus más grandes siervos, que la dejaría bien asegurada.

Este gran siervo de Dios fué el V. Padre Claudio de la Colombiere, que fué entonces enviado á Paray de Superior de la Casa de la Compañía de Jesús que hay en aquella ciudad. Este sabio Director, tan ilustrado del Señor en los caminos de la perfección, en la cual había ya hecho tan ventajosos progresos, apenas oyó hablar á esta congojada sierva de Dios, dándole cuenta de su interior, cuando echó de ver, que había algo de muy extraordinario en aquel espíritu; por esta causa le mandó con autoridad de Director, le explicase individualmente y por extenso, todo lo que miraba á la conducta de su interior; y desde la primera conferencia descubrió en ella este ilustrado Varón tan grandes tesoros de gracia, que llegó á decir, no se persuadiría fácilmente, hubiese por entonces en el mundo otra alma más querida y regalada de Dios, y á quien Jesucristo se comunicase más confiadamente. La aseguró enteramente de su conducta, y la mandó dejase obrar en ella al Espíritu de Dios, á quien hasta entonces había resistido por el temor de caer en la ilusión, y por obedecer á sus Directores; y desde este tiempo fué tanto el aprecio que este hom-

bre grande hizo de ella, como se puede ver en lo que dice en su Retiro espiritual, que llegó hasta valerse de su consejo y dirección en todos sus negocios y empresas de consideración, asegurando, que había en ellos tenido grandes socorros del cielo por medio de sus oraciones. Fueron muchos los que supieron, que estando el mismo Venerable Padre á punto de partir de Paray, recibió un papel de esta mujer fuerte, á quien había dado noticia de su partida, en el cual le decía, que estando ya muy próximo á su muerte, le aconsejaba apartase sus pensamientos de otro cualquier cuidado, que del de prepararse para este gran viage del tiempo á la eternidad. Y aunque por entonces no había la menor apariencia de que el Venerable Padre Colombiere hubiese de morir tan luego, el caso fue que murió, como se le prevenía, y fue á gozar, como se debe creer, de la vista de aquel Señor, á quien tanto sirvió, por quien tanto trabajó y á quien siempre amó tan tiernamente.

Fueron maravillosos los progresos que esta santa alma, colmada de tan singulares gracias, hizo en el camino de la perfección bajo la conducta de este santo Director; mas entre todas las virtudes, la que siempre fué su divisa y como su propio y singular carácter, fue aquel su ardentísimo y extraordinario amor á Jesucristo. Este fuego divino en que su corazón se había empezado á abrasar desde la infancia, fué siempre en aumento; y si el amor de Jesucristo es capaz de hacer morir á una persona, bien se puede tener

por cierto el consentimiento uniforme de todas sus hermanas, que fué, haber muerto por un exceso de este ardiente amor. Al punto mismo que se ponía en la presencia del Señor Sacramentado, se sentía tan abrasada de este divino fuego, que eran extraordinarios los esfuerzos que hacía para contener los raptos. Del mismo modo, luego que se ponía en oración, la ocupaba Dios de una manera tan inefable y esparcía en esta alma pura tanto golpe de luces y consuelos interiores, que cuando salía de ella, se hallaba tan exhausta de fuerzas, que no podía sostenerse. Estos divinos ardores llegaron á ser en los últimos años de su vida tan sensibles, y hacía tal alteración en su débil cuerpo, que solo podía soportarlos de un modo sobrenatural y milagroso, especialmente después que el Hijo de Dios, por un favor semejante al que hizo á Santa Gertrudis y Santa Catalina de Sena, la purificó su corazón de una manera sensible: favor señalado, cuyos dulces efectos sintió hasta la muerte.

De este mismo manantial, esto es, de este ardiente amor á Jesucristo, dimanaba también aquel otro amor prodigioso que tenía á las penas y humillaciones, al olvido y desprecio de sí misma, y á todo género de trabajos, á los cuales llamaba ordinariamente su pan delicioso. Y aunque cumplió nuestro Señor bien liberalmente su deseo en este punto, estuvo toda su vida tan hambrienta de estas humillaciones y penas, que decía frecuentemente, que ella padecía de un modo extraño, es á saber, por el temor solo que tenía de

que se la pasase algún momento de tiempo sin padecer.

Las violencias tan continuas que se hizo para vencer sus naturales repugnancias, y las victorias que en este asunto alcanzó de sí misma, son tan heroicas, que costaría dificultad el creer, cómo una delicada doncella fuese jamás capaz de tanto esfuerzo, y de un tan singular valor, si no se supiera cuánto es lo que puede la gracia en una alma amada singularmente de Dios.

Portóse en estas pruebas tan extrañas de tal suerte, que fueron menester milagros visibles, para sostenerla en tan recios combates. El demonio, no pudiendo conseguir de ella la menor victoria, nada olvidaba para hacerla padecer; mas no era este medio oportuno para desmayarla cuando no tuvo jamás otro reposo, ni otro placer que los dolores y las penas.

Si la obediencia no la hubiera moderado su fervor y el deseo extremo que tenía de padecer por el amor de Jesucristo, hubiera pasado en esto hasta el exceso. Considerando una vez la sed ardiente de que el Hijo de Dios se quejó desde la Cruz, siempre ingeniosa en hallar nuevos modos de imitar á su divino Maestro, entrando á la parte de sus tormentos y penas, se resolvió á pasar cada semana sin beber, desde la tarde del Jueves, hasta el Sábado. Por dificultosa que sea esta abstinencia, la practicó fielmente por un buen espacio de tiempo, hasta que la impidió la Superiora su continuación; y para probar más su virtud, la ordenó bebiese estos días dos ó tres

veces, aun fuera de las horas de comer y cenar, lo que ejecutó puntual; mas presto halló otra nueva manera de mortificarse en esta misma obediencia. Su anhelo en padecer por Jesús la hizo imaginar, que habiendo en estas ocasiones una agua la menos limpia que pudiese hallar, esto no sería contra la obediencia; y por otra parte sería para ella por su débil complexión, la mayor de todas las mortificaciones. El sólo pensar en esto, la hacía estremecerse. Hízolo no obstante no pocas veces, padeciendo en ello penas increibles.

La Superiora, habiendo sabido la industria de que se había valido para buscar en todo el padecer, disimulando la admiración que la había causado un fervor y una generosidad tan poco común, la mandó llamar, y reprendió con tanta aspereza, y con un modo tan desapacible, que la inocente Virgen miró desde entonces aquella acción, digna de la admiración de todos los que saben juzgar sanamente de la verdadera piedad; la miró, digo, desde entonces por todo el resto de su vida, como una de sus mayores faltas, y como tal la lloró.

Una de las más ciertas y seguras señales por donde infaliblemente se conoce, si una alma es gobernada por el Espíritu de Jesucristo, es la obediencia, sin fiarse jamás de sus propias luces, y defiriendo en todas las cosas del dictamen de los Superiores; y por eso fué también esta la prueba más sensible y evidente, por donde siempre se reconoció el Espíritu de Jesucristo en la conducta de esta admirable Religiosa.

Aunque mi divino Salvador (dice en un papel que se encontró después de su muerte, escrito de su propia mano), aunque mi divino Salvador fué mi Maestro y mi Director, no por eso quiso que yo hiciese nada de lo que me ordenaba, sin el consentimiento de mi Superiora, á la cual quería que obedeciese, por decirlo así, más exactaménte que á él mismo: y lo que me enseñó á mí singularmente fué, á desconfiar de mí misma, como del más cruel y poderoso enemigo que podía tener; mas asegurándome, que si pusiese en él toda mi confianza, teniendo una perfecta obediencia y dependencia total en todas mis cosas de la voluntad de mis Superioras, él me tendría siempre debajo de su amparo. Además de esto, me ordenó no turbarme jamás por ningún acontecimiento de la vida, pues cualquiera que él sea, no va fuera del orden de su divina Providencia y voluntad, la cual puede, siempre que quisiere, ordenar todas las cosas á su mayor gloria. Hallándome una vez con un empleo que frecuentemente no me daba lugar para tener la oración con la Comunidad, se excitó en mi alma un día de Pascua algún movimiento, aunque ligero, de tristeza, de lo que fuí luego reprendida de mi soberano Maestro, diciéndome: que tuviese entendido, que la oración de sumisión y sacrificio de la propia voluntad, le era más agradable que la contemplación y cualquiera otra meditación por buena y santa que fuese. Imprimió esto en mi alma una tan grande paz, que desde entonces jamás sentí la menor tristeza en

hacer todo aquello, que querían de mí mis Superioras.

En otra parte dice: Desde este tiempo, mi divino Maestro nunca ha dejado de reprenderme mis faltas por sí mismo, haciéndome conocer su fealdad; mas lo que muy extraordinariamente le ofende, y de lo que siempre me ha reprendido con un modo más severo, es cualquiera falta de respeto y atención delante del Santísimo Sacramento, especialmente en los tiempos de oficio y oración. Ay! de cuántas y cuán grandes gracias me he privado yo en estas ocasiones, por una distracción, por una mirada curiosa, por una postura ó más cómoda ó menos respetuosa. El dolor que siento luego que conozco le he desagradado en algo de esto, me obliga á ir prontamente á pedir alguna penitencia; porque este divino Salvador me tiene dicho muchas veces, que la más pequeña penitencia hecha por obediencia le es más agradable que las mayores austeridades hechas por propia elección y voluntad. Por tanto, yo puedo asegurar, y mi divino Salvador me lo ha dicho cien veces, que no hay cosa que más daño traiga á una persona Religiosa que la falta de obediencia, por pequeña que parezca, ahora bien sea á los Superiores, ahora bien á sus reglas, y la menor réplica en este punto, con cualquiera muestra de repugnancia, es un defecto insoportable á los ojos de Dios.

Tú te engañas, hija, me dijo este divino Salvador, tú te engañas en pensar podrás agradarme por cualquier género de acciones ó mortificaciones, de que ha hecho sólo tu propia voluntad la elec-

ción; porque sabe, que yo desecho todo esto como frutos podridos por la propia voluntad, á la cual miro con horror, especialmente en una alma Religiosa; y apreciaré más, que use de todos sus alivios y comodidades por obediencia, que el que se consuma con austeridades y ayunos por su propia voluntad.

Yo he experimentado, que cuando me ha sucedido hacer algo sin expresa orden de mi Superiora de este género de mortificaciones, este divino Salvador no me ha permitido, aun siquiera ofrecérselas. Un día, queriendo yo continuar en una penitencia que me había impuesto la obediencia, oí la voz de este amable Salvador que me dijo: La que has hecho hasta quí, ha sido por mí; mas lo que vas á hacer ahora, es por el demonio: lo que me hizo desistir de ello al momento; y desde entonces resolví morir antes que apartarme un punto de las ordenes de la obediencia, á la cual estoy resuelta á sacrificarlo todo, inspiraciones, deseos, visiones, gracias extraordinarias, &.

Dios con varios efectos milagrosos hizo ver cuánto le había sido agradable esta perfecta obediencia: veráse, por lo que escribió después de su muerte una de sus Superioras.

"Habiendo (dice) ido á verla á la enfermería, en donde estaba enferma ya mas había de un año, padeciendo de una manera extraña me pidió la permitiese levantarse el día siguiente de la cama, para asistir á la santa Misa, asegurándome para prevenirme, que si fuese mi voluntad concederla esta licencia, no dudaba la daría Dios fuerzas su-

ficientes para hacerlo. Yo, aunque no había de ello apariencia, según lo postrada que estaba, se lo permití; mas con la condición, de que se levantaría muy tarde, y que no había de ser en ayunas: el deseo ardiente que tenía de comulgar, la hizo parecer algo dura esta condición; y así pidió á la hermana enfermera, que procurase aun alcanzar de mí esta gracia, y poder comulgar también. La hermana se lo prometió, y bien de mañana la hizo levantar, no dudando que yo se lo concedería; mas permitió Dios, que yo entrase en la enfermería un instante después que la enfermera había salido de ella para buscarme y pedirme la licencia. Admiréme de ver á la enferma en pie contra mi orden, díla una severa reprensión, y la exageré de un modo harto expresivo los pretendidos motivos de su conducta, especialmente su dureza de juicio y la adhesión extraña que tenía á su propia voluntad. Vos ireis á Misa, añadí en tono de cólera, sí, vos ireis á Misa, y comulgareis: mas pues vuestra propia voluntad os puede dar cuando quereis, tantos alientos, yo os haré también andar á mi gusto, que si teneis fuerzas para ir á Misa cuando habeis querido, también las tendreis para servir á la Comunidad: volveos á vuestra celda, y no me hagais más remedios, salid, pues, incontinenti de la enfermería, y os mando que no me volvais á entrar en ella en seis meses, sino que sea á fin de visitar las enfermas. Esta mi santa hija recibió mi corrección puesta de rodillas, juntas las manos, con una mansedumbre y humildad prodigiosa: pidióme con una pro-

funda sumisión perdón de su falta, rogándome la impusiese tal penitencia, cual yo juzgase ser la más oportuna. Apenas se levantó, cuando como si no hubiera estado mala, cumplió exactamente y á la letra todo lo que la había mandado. Sabed, ahora pues, mis cristianas hermanas, que de seis años que yo tuve la honra de ser Superiora en esta vuestra santa casa, esta mi santa hija, jamás tuvo salud, sino sólo estos seis meses; y para que más nos admiremos de este milagro tan visible, en la misma hora que estos seis meses se cumplieron, volvió de repente á caer enferma, como antes lo había estado."

Por grandes que fuesen los dolores que padecía, jamás buscaba algún alivio. Las cortas treguas que la daban á veces sus continuas enfermedades, se hacían bien distinguibles por algún particular exceso de fervor. Su flaqueza y debilidad, jamás podía obligarla á estar de otra suerte que de rodillas delante del Santísimo Sacramento. Un jueves Santo, acabando de salir de una grave enfermedad, me apretó tanto, dice una de sus Superioras, para que la permitiese pasar toda aquella noche en la Iglesia, que no hallé modo para negárselo; entró en ella, y habiéndose puesto de rodillas en medio del coro, se estuvo allí inmóvil hasta las ocho de la mañana, que vino á tomar su lugar para decir con las otras el Oficio Divino, y me aseguró después, añade la misma Superiora, que nuestro Señor la había dado aquella noche á gustar parte de los dolores extremos de su agonía, y que jamás había tenido en su vida otro tiempo

más conforme á su inclinación, porque jamás había padecido tanto.

Mas por nada se podrá conocer mejor cuál fuese su deseo sobre este punto, que por lo que escribió ella misma á un Padre de la Compañía de Jesús, de quien se confiaba mucho, y á quien descubrió sus más secretos é íntimos sentimientos, desconfiándose continuamente de sí, y estando sin cesar con el temor de caer en algún engaño ó ilusión. Explícase con él de esta suerte en una carta.

No, mi Padre, nada es capaz en este mundo de agradarme, sino la Cruz de mi divino Maestro: mas una Cruz semejante á la suya, esto es, pesada, ignominiosa, sin dulzura, sin consuelo, sin alivio. Sean los demás enhorabuena dichosos en subir con mi divino Salvador al Tabor: para mí, yo me contentaré con no saber otro camino que el del Calvario, en donde no hallaré otros atractivos que los de la Cruz; mi parte será estar ahora sobre el Calvario hasta el último suspiro entre los azotes, los clavos, las espinas y la Cruz, sin otra consolación ni placer, que el de no tenerle. ¡Qué dicha! Padecer siempre en silencio, y morir en fin sobre la Cruz, consumida de toda suerte de miserias en el cuerpo, y de aflicciones en el espíritu, en el olvido y el desprecio. Bendecid ahora, mi Reverendo Padre, y dad gracias á nuestro soberano Maestro, que tan liberal y amorosamente me honra con su preciosa Cruz, no dejándome un momento sin padecer: ay! ¿Qué fuera yo sin esto en este valle de lágrimas, en donde yo vivo una vida tan delincuente, que no puedo mirarme á mí

misma, sin verme como un albañal de miserias? Esto es lo que me obliga á temer el hacerme indigna del infinito bien de estrecharme con su Cruz, para hacerme semejante á mi paciente Jesús. Yo os conjuro, si es que teneis algun afecto de caridad para conmigo, que rogueis á este mi amable Salvador, que no me deseche por el mal uso que he hecho hasta aquí de este precioso tesoro de su Cruz, privándome de la bienaventuranza de padecer y sufrir, porque esta es toda la dulzura que yo hallo en la prolongación de mi destierro.

No dejemos, pues, jamás de padecer en silencio. La Cruz es buena y á propósito en todo tiempo y en todo lugar, para unirnos á Jesucristo, que padece y muere. No se le puede amar verdaderamente sin padecer: yo puedo decir, que no le amo del todo, pues me parece que padezco tan poco, que mi mayor padecer es no padecer más: yo, tengo placer en saber que los otros son todos colmados de las dulzuras de un amor gozoso; para mi yo no deseo en esta vida otra cosa, que verme abismada en los dolores de un puro amor crucificado. Mas yo conozco, que me satisfago demasiado en hablaros de las penas, y no sabré hacerlo de otra suerte porque la sed ardiente que tengo de ellas, me es un tormento que no lo puedo explicar; con todo eso conozco bien, que yo ni sé amar ni padecer.

Esto es lo que me hace temer que todo lo que he dicho, no sea acaso más que un efecto de mi amor propio y de una soberbia secreta que vive en mí. Ay! Cuanto temo que todos estos deseos

de padecer, no sean otra cosa que artificios del demonio, para engañarme por medio de estos sentimientos vanos y estériles: decidme sinceramente lo que juzgais. En otra carta dice:

Ah! Mi R. P. á mi me parece que yo no estaré jamás en reposo, mientras no me vea metida en un abismo de humillaciones y trabajos, desconocida de todo el mundo y sepultada en un eterno olvido; ó que si algunos se acordaren de mí, no sea más que para despreciarme más, y para darme alguna ocasión nueva de padecer algo por Dios. Ved mi R. P. lo que sin cesar pido á mi divino Salvador, y no sé si en esto quizá padezco alguna ilusión: mas os puedo asegurar, que después de su amor, no puedo pedirle otra cosa, ó por mejor decir, no sé pedirle para mí más que una sola cosa, esto es, un ardiente amor de Jesucristo crucificado, y por consiguiente un amor paciente.

Yo no sé si me engaño, dice en otra parte, mas me parece que mi mayor placer sería amar á mi amable Salvador con un amor tan abrasado como el de los serafines, pero no llevaría á mal, así lo juzgo, que esto fuera en el infierno mismo, con tal que allí lo amase de esta suerte. El pensamiento de que hay y habrá en el mundo un lugar, en donde por toda la eternidad un número infinito de almas redimidas con la Sangre preciosa de Jesucristo no amarán de modo alguno á este amable Redentor; este pensamiento, digo, me aflige á las veces por extremo. Yo quisiera, mi divino Salvador, si esta fuese vuestra voluntad, sufrir to-

dos los tormentos del infierno, con tal que allí os amase otro tanto, cuanto os pudieran haber amado en el cielo todos aquellos infelices que padecen eternamente y que jamás os amarán. Ay! Qué? ¿Es razonable, que haya un lugar en el mundo en donde por toda la eternidad no sea Jesucristo amado? A la verdad, si se supiera el deseo que tengo de padecer y ser despreciada, no dudo, que la caridad obligaría á todo el mundo, á satisfacer en este punto. Mas la virtud de la paciencia no consiste en el sólo deseo de padecer: siempre hay motivo para desconfiar de estos deseos, mientras el cielo no expone nuestra virtud á la prueba; y esta no es otra cosa que el ejercicio de las humillaciones y las penas, en donde sólo se puede juzgar con verdad, si es que se ama la Cruz." Se ha podido ya ver bastantemente, que la vida humilde y mortificada de esta fiel sierva de Dios concuerda bien con estos sentimientos.

Tuvo una Superiora de un mérito singular, y de una virtud poco común, la cual descubriendo los grandes tesoros de gracia que Dios había depositado en esta santa Religiosa, nada omitía á fin de ayudarla á subir á aquel alto grado de perfección á que Dios la había destinado; y persuadióse, que el medio más seguro y más eficaz, era ejercitar su virtud, no dejando pasar ocasión alguna sin humillarla: acertólo sin duda, y aprovechándose de la disposición en que estaba por entonces la mayor parte de las religiosas de aquella casa, á la verdad poco favorable en orden á esa virtuosa virgen; empezó á mostrar que hacía poco caso de su vir-

tud y á desaprobar su conducta; dábala á entender que desconfiaba mucho de que aquellos caminos extraordinarios fuesen por donde el Espíritu Santo la conducía. El modo demasiadamente áspero conque además de esto la trataba, todo pudiera haber persuadido á cualquiera otra, que podía á lo menos procurar modestamente justificarse para con su Superiora, sin hacer en ello cosa contra la perfección. Mas esta mujer fuerte, jamás dió oidos á este sentimiento: todo cuanto hacía se interpretaba á mal, sea que diese por obediencia razón de su conducta para templar á sus hermanas, ó que por un exceso de humildad se culpase á sí misma, lo uno y lo otro era igualmente condenado: era tratada de aprehensiva en sus enfermedades, de hipócrita en las devociones, de ilusa en la oración, humillada en casa, deshonrada fuera, afligida en todo, en todo perseguida: jamás se la escapó no obstante la menor queja, jamás se pudo notar en sus acciones ó en su semblante la más mínima señal de tristeza ó de aflicción. Es menester no pocas veces hacerse alguna violencia, para no manifestar los sentimientos del corazón, y es en extremo difícil reprimirse, cuando con sola una palabra se podía evitar una confusión que no se ha merecido. Es, pues, preciso haber llegado á una bien alta perfección, para no darse por sentida una persona en este género de humillaciones. Esto es lo que siempre fue admirable en esta ejemplar Religiosa. Un día, por estar ocupada la grada, la permitió la Superiora dar cuenta de conciencia al Padre Colombiere en el confesonario. La circunstancia

del lugar dió ocasión á algunas de sus hermanas, que no sabían la permisión de la Superiora, á darla de esto sus quejas. Al punto fue reprendida en presencia de toda la Comunidad, y penitenciada severamente por la Superiora misma que se lo había permitido. La edificación de sus hermanas, y otras cien razones, parecen debían obligarla á dar razón de sí y justificar su conducta; mas el gozo admirable que sentía en verse así despreciada y humillada, la hacían abrazar estas pequeñas cruces á su espíritu con singulares acciones de gracia. Recibió esta mortificación con una sumisión extraña, y jamás se oyó que hubiese de ello hablado la menor palabra.

Este mismo placer que tenía en ser humillada, la inspiró un afecto singular á todos aquellos que la eran causa de cualquier humillación. Es cierto que vuestra ilustre difunta, escribió después de su muerte á las religiosas de Paray una de sus Superioras, me tuvo á mí un especial amor; mas me es bien fácil de hacer se os quede bien impreso, cuál fué el principio de este singular afecto. Yo tenía la costumbre de jamás guardar con ella algun género de comedimiento y atención, y como estaba bien persuadida de su deseo sincero de padecer y ser humillada, no dejaba pasar ocasión alguna de ejercitar su virtud. Mas como la que me sucedió en el oficio, tuviese para con ella una conducta más suave, esta mi santa hija me escribió en estos términos.

¿Cómo puede ser esto, que con tantos defectos y miserias como yo tengo, mi alma esté siempre

tan ansiosa de padecer? Mas cuando me acuerdo que vos me hacíais á lo menos algunas veces la gracia de sustentarme con este pan delicioso, aunque amargo á la naturaleza, y que ahora me hallo privada de este bien á causa sin duda de lo mal que me aprovecho de él, me veo toda llena de confusión; y me atrevo á aseguraros, que ninguna otra cosa me obligaba á estimaros más, que esta conducta que teníais conmigo, en la que yo no sabré pensar sin sentimientos de un tierno reconocimiento para con vos, que no me pudísteis dar otras muestras más seguras y más agradables de una perfecta amistad, que humillando y mortificando á una persona tan imperfecta como yo soy. Y aunque vos no lo hicísteis tanto, cuanto yo lo merecía; con todo eso, esto poco me consoló y me endulzó las amarguras de la vida, que me es insoportable sin padecer, mientras veo á mi divino Maestro puesto en una Cruz; entre tanto jamás he aprendido bien á padecer. Nada hay que yo haga tan mal, si bien nada hay que yo desee tan ardientemente. No amo á mi Dios, porque me amo á mí misma demasiadamente. ¡Oh mi amada Madre, qué cosa tan fuerte es vivir sin amar á un Dios crucificado! ¿Mas cómo podrá ser, amar á un Dios crucificado, sin amar la Cruz? Sin vivir y morir sobre la Cruz? Paréceme que vivía con alguna seguridad debajo de vuestra conducta, porque teníais la caridad de contradecir algunas veces mis inclinaciones. Ay! Yo me he hecho indigna de estos favores. No obstante, el deseo de las humillaciones se aumenta en mí, y no sé, si

consiste en esto de ver lo poco que padezco, que el deseo de morir me aprieta más que nunca: ni acertaré á resolverme á pedirle á Dios los años de vida que me habeis aconsejado le pida, á no ser con la condición, de que sean enteramente empleados en honrar el Sagrado Corazón de mi dulce Jesús en el silencio y en la penitencia, sin jamás ofenderle, estando día y noche, y cuanto sea posible, delante del adorable Sacramento del Altar, en donde este divino Corazón es toda la causa de mi consuelo en esta peregrinación.

Bien se puede decir, que este deseo extremo que tuvo de padecer, fué siempre eficaz; mas cuando la estimación universal y la veneración que se tenía á su heroica virtud, la impidiesen á las veces nuevas ocasiones de padecer; Dios por sí mismo ejercitó su paciencia con cruces interiores, que la redujeron algunas veces hasta el último extremo.

Nuestro soberano Maestro, *dice en una carta* que escribió á aquel Padre de la Compañía (de quien ya se ha hablado) nuestro soberano Maestro, *dice, tuvo á bien darme mucho* consuelo, leyendo la carta que me hicísteis gracia de escribir; mas esto no fué hasta después de haberme impedido su lección por bien largo tiempo, á causa de ciertos movimientos demasiadamente apresurados, que me vinieron de buscar este consuelo en el estado trabajoso y mortificado en que me había puesto en este tiempo de Carnaval, en el cual tantos pecadores le ofenden y le abandonan. Por que me parece, que este es de tal suerte un tiempo de dolor y amargura para mí, que no puedo ver ni

gustar otra cosa, que á mi crucificado Jesús, compadeciéndome de sus dolores, de los cuales este divino Salvador me penetra tan vivamente, que no me reconozco á *mí misma*. Todo sirve á su divina justicia de instrumento propio para atormentar esta víctima delincuente, de tal modo, que no puedo hacer otra cosa, que ofrecerme como víctima de inmolación á su justicia, y me parece sufro de una manera tan extraña, que os aseguro, que á no ser sostenida de su misericordia infinita, á la medida que su justicia me hace sentir el peso de su rigor, no me sería posible sostenerle un momento; entretanto todo pasa en una paz inalterable, contentándome en conformarme con su divino querer, y con tal que mi divino Salvador se dé por contento, esto me basta. Yo no creo poder escribiros, ni tengo qué deciros otra cosa en el estado en que me hallo, sino estas palabras de mi amable Salvador: *Mi alma está triste hasta la muerte*, ó estas otras: *Dios mío, ¿por qué me habeis desamparado?*

Con todo eso, puedo aseguraros, que cuanto más es lo que padezco, tanto más siento aumentarse en mí este deseo ardiente de padecer, de suerte que temo tomarme demasiada satisfacción en el padecer mismo. En fin, el partido que yo resuelvo tomar en todo esto, es el de abandonarme y someterme perfectamente á la bondad infinita de mi soberano Maestro, moderando este mismo ardiente deseo que tengo de las penas, dejándole á él el cuidado; que pues yo no deseo otra cosa en el mundo, que hacer perfectamente su voluntad, poco me

importa que esto sea en el consuelo ó en la tribulación. Vos no creereis cuanto padezco en escribir todo esto; porque aunque estoy bien persuadida de no tener parte alguna en todas estas gracias que os digo de mi soberano Maestro, las cuales por mi poca correspondencia podrán quizá ser el motivo de mi mayor condenación; no obstante, no dejo de padecer una especie de martirio, cuando me obligais á que os las diga."

Esta fué también la causa, por la cual siempre deseó tan apasionadamente vivir una vida oculta y sepultada en el olvido. La primera cosa que hizo luego que entró en la Religión, fué olvidar todo lo que había dejado en el mundo. Siempre miró al Locutorio como un lugar para ella de tormento, y como sus superioras la obligasen á ir á él varias veces, por más que su virtud la hacía disimular su extrema repugnancia, no es creible cuánto esta obediencia la costó.

Veráse bien por lo que sobre este punto escribió á las religiosas de Paray, una de las que habían sido sus superioras. "Habiendo caido, como sabeis, la hermana N. en un accidente de apoplejía, temerosa yo de verla morir sin sacramentos, mandé á vuestra ilustre difunta que fuese al punto á ponerse delante del Santísimo Sacramento del Altar y rogase á nuestro Señor, restituyese á sus sentidos á la enferma: obedeció, y poco después me dijo, que nuestro Señor la había significado atendería su súplica con la condición de que ella se obligase luego con un voto á sacrificarla aquello que más le costaba, que era concurrir al

Locutorio, sin jamás mostrar repugnancia cuando fuese llamada. Como yo sabía la pena rara que padecía en esto, la exhorté á que lo hiciese; apenas lo hubo hecho, cuando la enferma recobró el uso de la razón y recibió todos los sacramentos. Yo pensé que el voto que esta santa hermana había hecho, templaría su extrema repugnancia; mas *Dios quiso que se hiciese hasta la muerte una* continua violencia para cumplirle: siempre andaba como temerosa de quebrantarle; tanta era la pena que tenía en disimular su repugnancia."

Impúsose una ley inviolable de no escribir á persona alguna, fuese la que fuese, sino en la última necesidad, y aun entonces era de ordinario preciso un expreso mandato. Pero este deseo grande de no ser conocida, en nada se dejó ver mejor que en las mismas cartas, por el cuidado extremo que tuvo de ocultar, ó á lo menos de disminuir lo ilustre de las gracias extraordinarias que había recibido, y por la obligación que quiso imponer á la persona que escribía de quemar al punto sus cartas, no dejando nunca de rogarla la guardase un inviolable y eterno secreto. Guardósela este secreto, mientras fué justo hacerlo así, esto es, mientras que vivió: mas la gloria del que la hizo tantos favores y la edificación de los fieles pedían que se diesen al público estos tesoros de gracias después de su muerte. Conservó este amor á las humillaciones hasta el último suspiro. Poco antes de su muerte hizo que la prometiese su Superiora que nunca hablaría de todo aquello que la había dicho en confianza, y podía serla de alguna mane-

ra ventajoso; y haciendo llamar á unã de sus hermanas á quien estimaba singularmente por su virtud, yo os pido, la dijo, escribais luego al punto al Padre N. que queme todas mis cartas y que me guarde el secreto que tantas veces le he suplicado.

Una virtud tan heroica y tan sólida la elevó bien presto á aquel sublime grado de perfección á que Dios la había destinado. Mas aunque llevó por muy largo tiempo un género de vida tan perfecta, con todo eso creía no había hecho nada, mientras no se obligaba con voto expreso á ejecutar siempre lo que juzgase ser lo más perfecto. Hay pocas personas, por espirituales que sean, que juzguen ser capaces de ejecutar semejante proyecto. Ni hubo hasta entonces, sino Santa Teresa y bien pocos otros que sepamos, de una virtud tan generosa. Mas una cosa de tan grande consecuencia pedía pensarse muy de espacio; al cabo le hizo, mas no sin haber observado primero inviolablemente por muchos años esto mismo á que se quería empeñar por él, para lo que pidió permiso y licencia: su Director y su Superiora, que tenían perfectamente conocido su interior, se lo permitieron. Fué la vigilia de todos los Santos cuando ella hizo este voto, que puede decirse fué el efecto y la causa de una prodigiosa santidad. Será fácil juzgarlo, leyendo el proyecto de este voto, que después de su muerte se encontró escrito de su propia mano en los términos siguientes:

"Proyecto de un voto que me sentí movida por mucho tiempo á hacer á Dios, si bien no me obligué á él, hasta tener el dictamen de mi Director

y *la licencia de mi Superiora, los cuales, después* de haberle examinado, me le permitieron hacer, con la condición de que cuando me ocasionase alguna turbación ó escrúpulo, mi Superiora me descargaba de él; y quiere, que mi obligación cese sobre los artículos que me fueren de pena y de congoja. Este voto lo hago solo á fin de unirme más estrechamente con el sagrado Corazón de nuestro Señor Jesucristo, y para empeñarme indispensablemente en todo aquello que me dá á entender quiere de mí."

"Mas ay! Yo siento en *mí tanta inconstancia* y desconocimiento, que no me atrevería á hacer promesa alguna, sino apoyándome en la bondad, la misericordia y la caridad de este amable Corazón de mi dulce Jesús, por cuyo amor hago este voto sin que yo pretenda por él hacerme más como forzada y obligada, sino más fiel á mi soberano Maestro."

"Este divino Salvador me infunde la esperanza, de que me dará por sí mismo todos los socorros necesarios, para practicar el cumplimiento perfecto de este voto. Yo no busco otra cosa en él, que mostrar á Dios un amor ardiente y más puro, crucificando mi carne y sentidos por él: este Dios de bondad me haga la gracia."

"Voto hecho la vigilia de la festividad de todos los Santos para consagrarme, inmolarme y unirme más estrecha y perfectamente al Sagrado Corazón de nuestro Señor Jesucristo.

"I. Primeramente, oh mi único amor, procuraré sujetar y someter á vos todo aquello que hay

en mí, haciendo siempre lo que juzgare ser más perfecto y más agradable á vuestro sagrado Corazon: y os prometo no omitir nada de cuanto me fuere posible, ni rehusar ocasión alguna que se me ofreciere de hacer ó sufrir, á fin de hacer, seais conocido, amado, honrado y glorificado."

"II. No dejaré, ni omitiré alguno de mis ejercicios, ni la observancia de alguna de mis reglas, sino que sea ó por la caridad ó por una verdadera necesidad ó por la obediencia, á la cual sujeto todas mis promesas."

"III. Procuraré tener siempre placer de ver á los otros en la elevación, amados y estimados, juzgando que esto les es debido á ellos y no á mí, que debo ser aniquilada en el sagrado Corazón de mi Señor Jesucristo. Pondré toda mi gloria en llevar mi Cruz y vivir pobre, desconocida y despreciada, deseando que jamás se piense en mí, sino para ser humillada é inpugnada, no obstante cualquiera repugnancia que la naturaleza orgullosa pueda en esto sentir."

"IV. Quiero sufrir en silencio y sin queja cualquier tratamiento que se me haga; ni evitaré ocasion alguna de padecer, ya sean dolores en el cuerpo, ó aflicciones en el alma, humillaciones, desprecios, contradicciones."

"V. Ni buscaré, ni me procuraré otro placer, gusto ó consuelo que aquel de no tener ninguno en esta vida; y cuando la Providencia me presentare alguno que no pudiere evitar, procuraré entonces renunciar interiormente todo sentimiento de gusto, sin atender á si me satisfago ó no,

aplicándome luego únicamente á amar á mi soberano Maestro, no buscando en todas las cosas y en todas las *ocasiones, sino hacer su beneplácito.*"

"VI. No buscaré algún género de alivio, sino precisamente aquellos que la pura necesidad me obligare á buscar, de los cuales usaré siempre según mi Regla, lo que me librará de la pena continua que tengo de lisongear mi cuerpo y contemporizar demasiado con este cruel enemigo."

"VII. Dejaré á mi Superiora una entera libertad de disponer de mí, como mejor la pareciere, aceptando humilde é indiferentemente las ocupaciones que la obediencia me encomendare, mostrando al mismo tiempo más gusto en todas las cosas en que tuviere mayor repugnancia."

"VIII. Me abandono totalmente al sagrado Corazón de Ntro. Señor Jesucristo para que me consuele *ó me aflija según más le agradare, sin querer* de aquí adelante meterme, por decirlo así, en mis mismas cosas, contentándome con estar siempre adherida á sus santas operaciones y disposiciones, mirándome como una víctima suya, que debe estar siempre en un continuo ejercicio de inmolación y sacrificio, según su divino querer, no atendiendo á otra cosa, que á amarle y agradarle, obrando y sufriendo en silencio."

"IX. *Ni* me meteré jamás á tratar de las faltas de otros; y cuando fuere obligada á hacerlo, lo haré en la caridad del Sagrado Corazón de mi Señor Jesucristo, pensando para conmigo, si yo llevaría á bien que se me tratase á mí de esta suerte. Y cuan-

do viere cometer alguna falta á cualquiera otra persona, ofreceré al Padre Eterno una virtud del sagrado Corazón de Jesús, opuesta á aquella falta, para repararla de algún modo."

"X. Miraré como á mis mayores amigos á todos aquellos que me afligieren ó que hablaren mal de mí; y me aplicaré enteramente á servirles y hacerles todo el bien que pudiere."

"XI. Procuraré no hablar de mí ó no hablar sino muy poco, y jamás para alabarme ó justificarme."

"XII. No pretenderé la amistad de criatura alguna, sino cuando el sagrado Corazón de Jesús me incitare á ello, á fin de llevarla á su amor."

"XIII. Me aplicaré continuamente á conformar y someter en todo mi voluntad á la de mi soberano Señor."

"XIV. No me detendré voluntariamente en ningún pensamiento, no *sólo malo, mas ni inútil.*"

"XV. Me contemplaré como una pobre esclava en la casa de Dios, que debe estar sujeta á todos los de la casa, recibiendo como de limosna todo lo que se me diere, persuadida de que ha sido demasiado cuanto siempre se ha hecho y se hace conmigo."

"XVI. Nada haré, ni nada dejaré de hacer, en cuanto me fuere posible, por respetos humanos, ó por una simple complacencia para con las criaturas; y como yo he pedido á nuestro Señor, que nada permita que se descubra en mí de estas gracias extraordinarias, sino sólo aquello que pueda ocasionarme algún desprecio, alguna confusión ó hu-

millación delante de las criaturas: miraré también como una grande dicha, cuando todo aquello que dijere ó hiciere sea despreciado, censurado, é infamado, procurando sólo hacer y sufrir por el amor, y en honor del sagrado Corazón de Jesús, según sus santos intentos, á los cuales quiero del todo unirme."

"XVII. Andaré con el cuidado de nada hacer ni decir, sea lo que fuere, sino con la mira de buscar en ello alguna gloria á Dios, de edificar al prójimo y de crecer en virtud, siendo fiel y constante en practicar todo aquel bien que mi divino Maestro me hace conocer quiere de mí, no cometiendo falta alguna voluntaria, á lo menos no dejando pasar alguna sin vengarla contra mí misma con algunas penitencias."

"XVIII. Estaré en vela sobre mí misma, para no conceder á la naturaleza, sino aquello preciso que no puedo legítimamente negarla, y sin hacerme singular, lo que deseo evitar en todas las cosas; en fin, quiero vivir sin voluntad propia, y decir en todo acontecimiento *fiat voluntas tua*."

"Considerando tan grande número de puntos que iba á ofrecer con voto, fuí asaltada de un temor tan grande de faltar en alguna cosa, que no hubiera tenido ánimo para empeñarme á tanto, sino hubiera sido asegurada y fortificada por estas palabras, que me fueron dichas en el fondo de mi alma: Qué tienes que temer, pues yo he respondido por tí y he salido por tu fiador? La unidad de mi amor te servirá de atención á la multiplicidad de todas esas cosas, y está cierta, que este

mismo amor te hará reparar todas las más pequeñas faltas que puedas cometer contra este voto, obligándote á que las borres con las mortificaciones y austeridades."

"Estas palabras me dieron una confianza y seguridad tal, cual bastó para, no obstante mi fragilidad, quitarme todo el temor, poniendo toda mi confianza en Aquel que todo lo puede y de quien yo lo espero todo, no esperando nada de mí."

Vese bien por este voto, cuánto es lo que puede la gracia en una alma generosa y fiel; y lo que juntamente obra en un corazón abrasado del puro amor de Jesucristo. Una obligación tan grande como esta, que se extiende hasta las menores acciones y los más mínimos pensamientos, podrá parecer harto ardua y difícil, y lo sería en efecto, si aquel mismo espíritu que se la inspiró, no hubiera mostrado al mismo tiempo un medio seguro y fácil de practicarla sin escrúpulo y sin turbar la paz del corazón. Este medio no fué otro, que el puro y perfecto amor de Jesucristo." Por grande que sea la obligación que te impone tu voto, la dijo este amable Salvador, de atender casi todos los momentos á tantas cosas, sabe, que tú satisfarás á todo, amándome sin reserva y sin interrupción; no pienses, ni te apliques propiamente á otra cosa que á amarme perfectamente: no atiendas más que á amarme y por consiguiente á darme gusto en toda ocasión y en todas las cosas; que mi amor sea el objeto y el fin de todos tus pensamientos, de todas tus acciones y deseos: no respires más que á mí por amor; y no te apliques á amarme, sino á fin

de amarme siempre más; y yo te aseguro, que, sin serte penoso, tú harás aun más por este santo ejercicio, que lo que me has prometido por tu voto. Este es puntualmente el sentido de aquellas palabras: *La unidad de mi amor te servirá de atención en la multiplicidad de todas esas cosas.*"

Una virtud mediana, ordinariamente se oculta, y la Providencia no se digna exponerla á la prueba; mas no sucede lo *mismo con una virtud* sublime: está juzga cosa hermosa el esconderse, y es preciso que brille; mas en este mismo brillar halla su ejercicio. Dios que había destinado esta alma generosa para una muy alta santidad, quiso también que su virtud fuese semejante á la de todos los santos, esto es, acompañada de humillaciones, de desprecios y de trabajos. Mas por grande que fuese el deseo que tuvo de vivir en el olvido y pasar una vida retirada y escondida, su virtud la hizo demasiadamente notar, para que pudiese vivir muy largo tiempo desconocida, y bien presto se dejó ver lucir hácia fuera; su reputación se extendió muy lejos; por todas partes no se la llamaba con otro nombre, que con el de Santa: mas la Providencia permitió que esta alta estima que los más habían concebido de su virtud heroica, diese ocasión á algunas otras personas á ejercitar su paciencia; y el deseo extremo que tenía de padecer, le hubiera sido enteramente satisfecho, si por grandes que fuesen estas ocasiones que tuvo de padecer y de que tanto se aprovechó, no hubiera sido siempre aun mayor el deseo de padecer más. No es á propósito meternos aquí ahora en la relación de sus acciones;

los que escribieren á lo largo una tan santa vida, hallarán muchos materiales para enriquecer su historia, haciendo admirar la paciencia heroica de esta santa Virgen, y al mismo tiempo la conducta prodigiosa de la Providencia, que permitió que esta gran sierva de Jesucristo fuese por tanto tiempo humillada, por más que todo el mundo conviniese siempre en su perfecta obediencia, mortificación continua y mérito extraordinario, y sobre todo en su profunda y sincera humildad.

Un sugeto de mérito singular, habiendo oido hablar de esta santa religiosa á cierta persona que estaba muy prevenida y armada contra ella, se dejó impresionar de los mismos dictámenes, creyendo asimismo que debía desengañar á los que mejor informados que él de su virtud heroica, tenían de ella formada una muy alta idea. Nada dejó de hacer á fin de desacreditarla: acusábala de hipócrita, llamábala visionaria, encaprichada en una santidad quimérica, que tenía placer en engañarse á sí propia, y pretendía engañar á los demás con una santidad aparente, llena de hazañerías é ilusiones.

Los sentimientos que acerca de esta santa religiosa había formado una persona de tanto mérito, habiéndose divulgado, hicieron notable impresión y conmovieron los espíritus de muchos contra ella. El temor que entonces tuvo de estar efectivamente ilusa, la hizo padecer increibles congojas. "Yo me siento (decía) afligida en gran manera; mas lo más terrible es mirarme como

hecha juguete del demonio. Nada veo en mí que no sea digno de castigo; pues no solamente he sido bien infeliz en engañarme á mí misma, mas he podido engañar aun á otros por mi hipocresía; y aunque me parezca que yo nunca he tenido tal pensamiento, con todo eso, no debo ya dudarlo, después del juicio que de ello hace este gran siervo de Dios N. Tengo ahora motivo para bendecir mil veces al Señor, que me le ha enviado para desengañar á aquellos que fueron demasiadamente fáciles en haber quizá concebido de mí alguna estimación. Qué obligación tan singular no deberé yo tener por toda mi vida á este gran siervo de Dios, por haberme hecho un beneficio tan importante, como es hacerme conocer á mí misma, y hacer conocer á los otros lo que soy. Puedo asegurar, que ninguna otra cosa me dará mayor consuelo, que saber que las criaturas están desengañadas; yo podré satisfacer á la justicia de Dios y vivir en un eterno olvido. Este pensamiento me llena de una suave complacencia y endulza en un momento todo cuanto puedo sufrir."

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús, para cuyo establecimiento la había Dios escogido, la ocasionó luego una persecución tanto más sensible, cuanto venía de aquellos mismos que debían ser los primeros en aprobarla. Por grande que hubiese sido la idea que se había concebido de su virtud, apenas llegó á tomar en sus labios la palabra *Devoción al Sagrado Corazón de Jesús*, cuando se la trató de visionaria; y aun sin

saberse qué era lo que decía, se la mandó que jamás hablase de esta devoción; hasta que el mismo Dios, que es el Señor de los corazones, mudó tanto el corazón y los espíritus de aquellos mismos que la pusieron tantas dificultades, que llegó últimamente á tener el consuelo de ver, dos ó tres años antes de su muerte, esta sólida devoción aprobada, predicada y establecida casi por todas partes.

Se puede decir, que este amable Salvador juntó en nuestros tiempos en la persona de esta santa religiosa, todas aquellas extraordinarias gracias que hizo en los siglos pasados á sus más grandes siervos. Ella tuvo la dicha de conversar muchas veces familiarmente con Jesucristo, como Santa Matilde y Santa Gertrudis: el Hijo de Dios la dió su Corazón, como se lo había dado á Santa Catalina de Sena, habiéndola tomado el suyo para purificarle y abrasarle en su puro amor, como lo hizo con esta grande santa. Dejóla también, como á Santa Teresa, una prueba continua y sensible de esta gracia tan extraordinaria, por un dolor agudísimo en el costado, el cual ningún remedio humano le pudo jamás aliviar, y la acompañó hasta la sepultura. Sola la relación de estas gracias extraordinarias, y sobre todo, las admirables lecciones que recibió de su divino Maestro, que se hallaron después de su muerte escritas de su propia mano, darán abundante materia para un volumen.

Mas en medio de estos tan señalados favores,

de que no hay motivo alguno para dudar, á causa de las pruebas manifiestas que se han dado, la más grande y que debe admirarse más, es el bajo sentimiento que siempre tuvo de sí misma, creyéndose una hipócrita, diciendo que había engañado á todo el mundo y que quizá lo estaba también ella misma. Ni decía sólo que no merecía vivir entre tantas santas vírgenes; mas se portaba en orden á esto de un modo tal, que daba bien á entender que lo juzgaba así. Estos fueron los sentimientos que siempre tuvo de sí misma, y en estos mismos sentimientos murió: su sincera y profunda humildad nos hubiera privado del conocimiento de estas gracias extraordinarias, como ya se dijo, si la persona de quien hizo una especial confianza y á quien consultó frecuentemente su interior, no la hubiera obligado con muy grande severidad á escribir lisa y sencillamente los favores singulares que había recibido de Dios. La extrema repugnancia que tuvo en obedecer en este punto, la hizo diferir largo tiempo esto que se la mandó, hasta que Dios la hizo conocer que debía obedecer, y su Superiora se lo ordenó. Por ninguna otra cosa se podrán mejor entender de ella misma las grandes gracias conque la honró el cielo, que por lo que mira á la Devoción del Sagrado Corazón de Jesucristo, para cuyo establecimiento recibió todos estos señalados favores. Las precauciones que puso para ser eternamente desconocida, obedeciendo aun en este punto, son una prueba evidente de la sinceridad de sus sen-

timientos. Así es que no se ha sabido aún *más* que una parte de las *maravillas* que Dios obró en esta su grande sierva, por lo que luego se concibió el designio de no publicar esta relación, sino solo en compendio; mas se juzgó que no hacerlo así, sería oponerse á los designios de la Providencia, dejando en el olvido aun la *más mínima* parte de ellas; y que en fin, su lección *podría* siempre servir *mucho*, y que jamás serviría de enfado. Véase aquí lo que ella escribía:

"El ardiente y justo deseo, mi R. P., que siempre me ha apretado desde mis primeros años, de vivir pobre, desconocida, olvidada y despreciada, me impediría el jamás escribir, ni dejarme ver en el *locutorio*, si la obediencia, que me es una ley inviolable, no me hubiese ordenado lo contrario, no dejándome en esto satisfacer mi inclinación; mas por lo menos esto me *consuela*, *que tendré* la dicha de obedecer en escribiros. Os aseguro que mi divino Maestro me conduce por un camino enteramente opuesto á mis inclinaciones. Tengo una extraña aversión á todos los empleos honoríficos de la Religión, y no menos á la grada y á escribir estas cartas; y con todo eso, es preciso que me esté *incesantemente* sacrificando á todo esto, no habiendo logrado algún reposo, hasta tanto que me obligué por un voto expreso á obedecer ciegamente en todo, sin dar jamás á entender mi extrema repugnancia, en cuanto me fuese posible. No dejé por esto de sentir en ello aun mayor pena que antes; mas abracé esta cruz como

las otras con que mi divino Salvador se sirve honrarme, asegurándoos, que si me hallara un solo momento sin padecer, temería que me había ya olvidado y abandonado."

"Vos me mandais que os hable confiadamente: Ay! No está en mi poder hacerlo como vos lo deseais, sino según agradare á mi soberano Señor; porque si vos supiérais la imposibilidad en que me veo de deciros más de lo que El quiere, me aconsejaríais quizá guardar silencio, antes que pensar hacerle la menor resistencia. Mas á deciros sinceramente la verdad, estoy temiendo mucho, entre todas las gracias que recibo de su misericordia, engañarme á mí misma y engañar á todos aquellos á quienes la caridad hubiese podido inspirar pensamientos demasiadamente favorables hacia mí, y bien distantes de lo que soy en la realidad. No seais vos del número de estos; mas después de haber examinado delante de Dios lo que os voy á decir con un secreto inviolable, deseo me declareis, si es que voy errada; porque aunque es así, que me han asegurado en este punto, no puedo librarme del temor de estar metida en la ilusión."

"Por muchos años no tuve otro Director, que á mi soberano Maestro; porque luego que comencé á conocerle, él cobró un imperio tan absoluto sobre mi voluntad, que me obligaba á obedecerle en todo, sin poder, por decirlo así, defenderme. Reprendíame por sí mismo mis defectos, por pequeños que pareciesen, con una dulce severidad

"Concebí desde entonces un tan grande horror al pecado, que me retiraba á llorar á algún lugar apartado, luego que percibía haber cometido la menor culpa. Mi divino Maestro me enseñó por sí mismo á tener oración mental, aun antes que hubiese oído hablar de ella. Todo mi placer era pasar las horas enteras de rodillas delante del Santísimo Sacramento. No suspiré después sino por la soledad, en la cual pudiese vivir pobre, despreciada y desconocida, y no dudé luego que entré en la Religión, había ya hallado aquel lugar de retiro, por el cual había suspirado tanto tiempo. Mi amable Salvador derramó por entonces sus mayores gracias *con tanta profusión en su indigna* sierva, que me costaba trabajo el contener el júbilo y las delicias interiores que sentía en el fondo de mi corazón. Este júbilo, no obstante, se me turbó por algún tiempo á causa del temor que tuve, no fuese que estos grandes favores insensiblimente me llevasen á querer dispensarme aun de las menores obligaciones de mi estado; mas este temor se disipó presto por la promesa que este divino Salvador me hizo, de ajustar de tal suerte las grandes gracias que me haría, al espíritu de mi Regla, y de la obediencia que debía tener á mis Superioras, que lo uno no sería contrario á lo otro"

"No gocé por mucho tiempo de esta dulce paz. Dios permitió que muchas personas creyesen que estaba engañada por el espíritu que me conducía: mandáronme resistir á todas sus inspiraciones y me vedaron seguir en adelante sus impulsos."

"Hice todos los esfuerzos posibles para obedecer, creyendo ciertamente estar engañada; mas todos mis esfuerzos fueron inútiles. Yo en este tiempo no dudé estar abandonada de Dios, y que era una del número de las almas réprobas pues, llegué á persuadirme no ser del espíritu de Dios aquel de quien me conocía poseída; y experimentaba con todo eso, que por vigorosos que fuesen los esfuerzos que hacía, me era imposible resistir á este espíritu. Estuve en este estado, más riguroso de lo que se puede imaginar, hasta que mi soberano Maestro me envió al R. P. de la Colombiere, dándome á entender era uno de sus más fieles siervos y de sus más queridos amigos. Este santo Director hizo calmar todas mis congojas, asegurándome, que era el espíritu de Dios el que me conducía, y me mandó ir sin miedo por los caminos por donde me llevaba. Entré por entonces en esta gran tranquilidad de corazón, y en esta dulce paz, en que mi amable Salvador me ha conservado hasta este tiempo, entre las cruces, las humillaciones y trabajos, con los cuales nunca ha cesado de honrar á esta su indigna esclava, en las que puede solamente hallar mi consolación, mi placer y mi reposo."

"Soy ahora obligada, dice en otra carta que escribió después, habiendo tenido para ello un expreso mandato; soy ahora obligada á declarar á V. R. las grandes gracias que mi Salvador me ha hecho, y de las que jamás quisiera hablar; pues jamás he pensado padecer penas más extrañas, á la vista de mis ingratitudes, las cuales sin duda

me hubieran precipitado en los infiernos, si la misericordia de mi Salvador y la intercesión todo poderosa de la santa Virgen mi buena Madre, no hubieran desarmado, por decirlo así, la justicia de Dios para conmigo. Yo, á deciros lo que concibo, jamás hago reflexión sobre estas grandes gracias, sin temer no sea, que después de engañarme á mí misma, engañe también á aquellos con quienes la obediencia me obliga á hablar de esta materia. Pido incesantemente á Dios, me haga la gracia de ser desconocida, aniquilada y sepultada en un eterno olvido, y miro esta gracia, como la más grande de todas las que me ha hecho. Por todo esto escribo á V. R. todo lo que ya diré bajo de estas dos condiciones. La primera, que quemará mi carta luego que la haya leído. La segunda, que me guardará un inviolable secreto sobre lo que le escribo. Mi divino Maestro me ha hecho conocer, que quiere este sacrificio de mí; mas no pienso, quiera jamás, que quede sobre la tierra memoria de una tan ingrata criatura. Os digo aquí una vez para siempre, que la promesa que me hareis de guardarme inviolablemente estas dos condiciones, endulzará la pena que tengo en escribir y conservará mi alma en una grande paz. Y espero que me direis también vuestro parecer; porque yo no sé que decirme, cuando por una parte considero tantas gracias, y por otra una vida tan poco conformé á tan grandes beneficios."

"Yo os diré ahora lo que este divino Salvador, apareciéndose un dia á esta su su indigna esclava, me dijo: Ando buscando una víctima para mi Co-

razón, la cual debe sacrificarse como una hostia de inmolación al cumplimiento de mis designios. Sintiéndome entonces penetrada de la grandeza de esta soberana Magestad, me arrojé humildemente á sus piés, y la presenté muchas almas santas, que corresponderían fielmente á sus designios. No, no quiero servirme ahora de otra, sino de tí, dijo este amable Salvador, tú has sido escogida para esto. Entonces, inundada en lágrimas, le repliqué, que bien sabía que yo era una pecadora, y que las víctimas debían ser inocentes: que á la verdad yo no tenía otra voluntad si no la suya, mas que no podría resolverme á hacer otra cosa, que lo que mi Superiora me ordenase, á lo cual consintió. No cesé entretanto de resistir á sus inspiraciones, por el grande temor que tenía de que estos caminos extraordinarios me apartasen del espíritu sencillo de mi vocación; mas fué bien en vano que le resistiese; porque no me permitió ningún género de reposo, hasta tanto que por el orden de la obediencia me sacrifiqué á todo aquello que quería de mí, que era hacerme una víctima inmolada á toda suerte de trabajos, humillaciones, contradicciones dolores y desprecios, sin otra pretensión en todo esto, sino el que se diese cumplimiento á sus designios, á que me ofrecí de todo mi corazón. Díjome, que sabía bien cuáles eran mis temores; mas que me prometía (como ya creo haberlo dicho) ajustar de tal modo sus gracias al espíritu de mi Regla, á la obediencia de mis Superioras, á mi debilidad y flaqueza, que nunca lo uno sería impedimento para lo otro. Después de

esto empezó á comunicarme sus gracias con tanta profusión, que yo no me conocía á mí misma. Estos favores tan señalados, y beneficios tan grandes, me aumentaron más el temor que tenía de ser conocida, y me obligaron á pedirle con instancia, no permitiese jamás se descubriese en mí otra cosa, sino aquello que me hiciese más vil y despreciable para con las criaturas, lo que me parece me prometió."

"En unos ejercicios que hice poco después, este mi amable Salvador me descubrió la mayor parte de las gracias que había ideado hacerme, principalmente las que había de recibir por la Devoción á su Sagrado Corazón. Por lo que postrándome á sus piés, le supliqué tuviese á bien hacer estas gracias á alguna alma fiel, que las sabría corresponder, pues conocía bien no ser yo apropósito, sino para servir de obstáculo á sus designos. Entonces fué cuando me hizo entender, que por esto mismo me había escogido, á fin de que estando perfectamente persuadida de mi nada, nada pudiese atribuirme á mí misma de los bienes que me comunicaría, ofreciéndome suplir por sí mismo todo aquello que faltaría en mí."

"En otra ocasión, este soberano de mi alma, que hace frecuentemente alarde de hacer brillar los tesoros de su misericordia en los sugetos más flacos y menos proporcionados á sus altos designios, este divino Salvador, digo, habiéndome honrado con su visita, me dijo, á lo que creo con bastante distinción y claridad, que venía á mostrarme cuanto había de padecer en todo el resto de mi vi-

da por su amor, y por la ejecución de sus designios. Postréme profundamente en su presencia. Yo no puedo acabarme de persuadir, que Dios se digne jamás hacerme capaz de padecer cosa alguna por su amor: con todo eso, el deseo de padecer por su amor se aumentó en mí de tal modo, que hubiera querido ver todos los instrumentos de suplicio empleados en hacerme padecer por Jesucristo. Descubrióme, pues, entonces este divino Salvador, á lo que me parece, como he dicho, bien clara y distintamente, todo lo que me había de suceder de humillaciones y aflicciones hasta la hora de mi muerte. Mas lo que me sirvió de mayor consuelo fué, que me descubrió todo esto con una tan viva eficacia, que todos estos trabajos que por entonces sólo estuvieron en la imaginación, se quedaron en mí impresos de una manera tan sensible, como si efectivamente los estuviese padeciendo todos. Sobre esto me dijo, que nada tenía ya que temer, porque quería hacerme una nueva gracia, mayor que cuantas me había hecho hasta entonces; es á saber, que nunca le perdería de vista, teniéndole siempre íntimamente presente: favor, que miro como el colmo de todos los que hasta aquí he recibido de su infinita misericordia; pues desde este tiempo he tenido sin cesar íntimamente presente á este divino Salvador: él me instruye, él me sostiene, él me advierte mis faltas, y no cesa de hacer crecer en mí por medio de su gracia, el deseo ardiente de amarle perfectamente y de padecer por su amor. Esta divina presencia inspira en mí un tan profundo respeto, que cuando estoy sola,

me veo obligada á postrar mi rostro contra la tierra y aniquilarme, por decirlo así, en la presencia de mi Salvador y de mi Dios; sobre todo, cuando pienso lo que soy, esto es, la más indigna, la más ruin de todas sus esclavas, y que no merezco ciertamente aun el nombre de sierva de Jesucristo. *Experimento aun entonces*, que todas estas gracias están *acompañadas* de una paz inalterable, de un júbilo *interior* y de un deseo siempre más ardiente de ser humillada, despreciada, aniquilada y consumida de todo género de trabajos, por llegar á hacerme algo *menos* indigna de ser la menor de las siervas de Jesucristo. Mas mi R. P., cómo puede ser esto, que la pobreza, los desprecios los dolores y las humillaciones, tengan estos atractivos para conmigo, que yo les mire como las viandas más deliciosas, de que siempre está mi alma hambrienta; cómo, digo, puede ser, que esto sea así, que estas sean pruebas del *espíritu* de Jesucristo, y que con todo eso sufra *tan poco*, que apenas padezca nada, según me parece!"

"En lo demás, os aseguro, mi R. P., que este Soberano de mi alma, ha tomado tal imperio sobre mí, que si no es el espíritu de Dios el que me posee, seré condenada (como creo os he dicho ya otra vez) á lo más profundo del infierno. Os digo todo esto, según me parece pasa por mi alma. ¡Mas ay! Si por ventura me engaño! Porque os puedo asegurar, que cuando hago alguna reflexión sobre mí misma, descubro tantas inperfecciones y miserias, tan poca fidelidad y reconocimiento por tantos beneficios, que no puedo acabar de echar

de mí el pensamiento, de que todas estas grandes gracias que os he dicho, y las que fuere obligada á deciros en adelante por la obediencia, no sean mas que un error, una ilusión. Decidme os ruego, R. P., el juicio que vos haceis, y aquello que debo ejecutar. Por lo que toca á los señalados favores que mi Salvador me ha hecho en orden á la devocion de su sagrado Corazón, yo no sé, cómo podré acertar á haceros la relación. Ved aquí todo lo que podré deciros, para satisfacer las órdenes de mis Superiores. Un día de San Juan Evangelista, despues de haber recibido de mi divino Salvador un favor semejante al que recibió la noche de la Cena este querido discípulo; este divino Corazón se me fué mostrado, como en un trono de fuego y de llamas, arrojando por todas partes rayos más brillantes que los del sol cuando se trasparenta por un cristal. La herida que recibió sobre la Cruz, se distinguía claramente: una Corona de espinas cercaba este sagrado Corazón, y sobre ella estaba una Cruz; y mi divino Salvador me hizo conocer que estos instrumentos de su pasión significaban, que el amor inmenso que había tenido á los hombres, había sido la fuente manantial de todas las penas y humillaciones que padeció por nosotros; que desde el primer instante de su Encarnación había tenido presentes todos estos tormentos y desprecios; y que desde este primer instante se fijó, por decirlo así, la Cruz en su Sagrado Corazón, la cual había aceptado desde entonces, para mostrarnos su amor, aceptando todas las humillaciones, la pobreza, los dolores que su sagrada Humanidad

había de exponer su amor hasta el fin de los siglos sobre nuestros altares en el Santísimo y Augustísimo Sacramento."

"Dióme á entender después, que el deseo grande que tenía de ser perfectamente amado de los hombres, le había obligado á formar el designio de mostrarles su corazón, franqueándoles todos los tesoros del amor, de misericordias, de gracias, de santificación y salvación que en él se contienen, á fin de que todos aquellos que le rindiesen y procurasen todo el amor y honra que les fuese posible, quedasen profusamente ricos de sus divinos tesoros, cuyo manantial es su sagrado Corazón, asegurándome tendría singular gusto en ser honrado en la figura de este Corazón de carne, cuya imagen quería se expusiese al público, á fin, añadió, de mover por este objeto el corazón insensible de los hombres; prometiéndome repartir con abundancia sobre el corazón de todos los que así le honrasen, todos los dones de que está lleno; y que en todas las partes en donde se expusiese esta imagen para ser allí singularmente honrada, las llenaría de todo género de bendiciones: en fin, que esta devoción era como el último esfuerzo de su amor, con que quería favorecer á los cristianos en estos últimos siglos, proponiéndoles un objeto, y un medio al mismo tiempo tan propio para empeñarlos amorosamente á amarle y á amarle sólidamente."

"Poco después de esto me dijo este divino Salvador estas palabras: "Ve, hija mia, el designio para que yo te he escogido, y por el que te he hecho tan grandes gracias, habiendo tenido un cuidado

tan particular de tí desde la cuna. Yo no me hice á mí mismo tu Maestro y tu Director, por otra cosa, sino por disponerte á *recibir todas estas grandes gracias, entre las cuales debes contar esta como una de las más señaladas*, por la cual yo te descubro y te doy el mayor de todos mis tesoros, *mostrándote y dándote al mismo tiempo mi Corazón.*" Entonces, postrando mi rostro en la tierra, me fué imposible explicar mis sentimientos de otro modo que por mi silencio, interrumpido luego por mis lágrimas y mis suspiros."

"Desde este tiempo las gracias de mi soberano Maestro llegaron á ser aun más abundantes, de suerte, que no pudiendo *contener en mí misma los sentimientos del amor ardiente* que tenía para con Jesucristo, procuraba desahogarlos por mis palabras en todas las ocasiones, persuadida que los otros, recibiendo semejantes *gracias á las mías*, estarían en las mismas disposiciones. Mas fuí disuadida de esto, así por el R. P. Colombiere, como por las grandes oposiciones que encontré en ello. Todo el gusto y el fruto que saqué de estos *pequeños excesos* de celo y de fervor, fué, que me ocasionaron algunas humillaciones, y una ligera prueba, que duró por algunos años."

"El tiempo que mi divino Salvador había destinado para esta obra, no había llegado todavía; con todo eso, él tomó á su cargo el disponerme por sí mismo según su deseo, como me lo había prometido; mas esto no fué de otro modo, que haciéndome gracias aun mayores de las que me había hecho. La primera fué, que después de una confe-

sión general que hice de toda mi vida criminosísima luego que recibí la absolución, me hizo ver una ropa más blanca que la nieve, que llamó la ropa de inocencia, de la cual me vistió, diciéndome estas palabras: *Hija mía*, las faltas que en adelante cometieres, te humillarán mucho; mas no me obligarán á apartarme de tí. Después, descubriéndome ya la segunda vez su Corazón adorable, ves aquí, añadió, el lugar de tu eterna morada, á donde podrás conservar sin mancha la ropa de la inocencia con que he revestido tu alma. Después de este tiempo no me acuerdo jamás haber salido fuera de este amable Corazón Yo me hallo allí siempre, mas de una manera y con sentimientos tales, que no me es permitido poder explicarlos: todo lo que puedo decir es, que por lo ordinario me hallo como metida en un horno ardiente de puro amor."

"En otra ocasión, este divino Salvador me mandó hacerle una donación de todo lo que había en mí, capaz de agradarle, de cuanto podía hacer y sufrir hasta la hora de mi muerte, y de todos los bienes que se podían hacer por mí. Como la obediencia ha sido siempre la regla de mi conducta, no creí podía hacer esta donación, que miraba como una especie de voto, sin haber primero obtenido el permiso. Este acto de obediencia le agradó tanto como el acto mismo de la donación que le hice después de la obediencia que me lo permitió. Mas este Soberano dueño de mi alma recompensó liberalmente el presente que le hice de sus propios bienes, asegurándome que este sagrado Corazón me estaría siempre abierto, á favor de todos aque-

llos que me lo pidiesen, y yo le supliqué al mismo tiempo, que no fuese menos liberal á favor de aquellos que me diesen ocasión de sufrir alguna cosa por él."

Habiéndose aparecido Jesucristo un día á esta Santa Virgen, y colmádola de gracias aun mayores que las que hasta entonces había recibido, la dijo estas palabras: "Hija mía, oye atentamente mi voz, y lo que te pido, á fin de disponerte para el cumplimiento de mis designios: tú me recibirás en el Santísimo Sacramento con toda aquella frecuencia á que se extendiere el permiso de la obediencia, no obstante cualquiera mortificación ó humillación, que de aquí te proviniere, la cual recibirás como una prenda de mi amor. Comulgarás además todos los primeros viernes de cada mes, y todas las noches del jueves al viernes te haré participante de aquella mortal congoja que yo tuve á bien padecer en el Huerto de las Olivas, la cual te reducirá á una especie de agonía, más terrible de sufrirse que la misma muerte; y para que me acompañes en aquella humilde oración que yo presenté á mi padre en aquel estado lastimoso en que me hallaba, te levantarás á las once de la noche, para pasar una hora en oración, postrado el rostro contra la tierra, así para mitigar mi cólera, pidiendo misericordia para los pecadores, como para en alguna manera endulzar la amargura que yo entonces sentí viéndome abandonado de los apóstoles, por lo que me ví obligado á darles en rostro con su flaqueza, diciéndoles, que no habían podido velar siquiera una hora conmigo; y durante esta

hora, te instruiré por mí mismo en lo que tú deberás hacer."

"Mas entre todas estas gracias que te hago, ten gran cuidado, hija mía, de no creer ligeramente á todo espíritu, ni fiarte de él; porque el demonio nada dejará de hacer, á fin de engañarte; por tanto, jamás hagas nada sin la aprobación de aquellos que te gobiernan, para que obrando con el consentimiento de tus superiores, nunca caigas en las redes que te tiende; porque él no tiene poder alguno sobre los verdaderos obedientes."

Esta fidelísima Sierva no faltó á pedir el permiso á su Superiora, para ejecutar lo que su divino Maestro le había ordenado. Pero por más que apretó y solicitó la licencia, estas comuniones extraordinarias y esta hora de oración á media noche, parecieron ser de aquel género de singularidades que las Superioras no debían permitir en una Comunidad: además de esto había ya mucho que andaba enferma, sin haber ningún remedio, podido darla el menor alivio. Un día haciendo una nueva instancia á su Superiora, la prometió esta consentir en su petición, con tal que ella alcanzase de nuestro Señor el perfecto recobro de su salud, añadiendo, que se conocería en esto, si lo que pasaba por ella venía ó no, del espíritu de Dios. Esta pura é inocente alma representó todo esto á nuestro Señor, y al momento quedó libre de todas sus enfermedades; porque la Santísima Virgen se la apareció, y después de una larga visita, esta divina Madre la alentó á continuar el *camino trabajoso, que aun le restaba*, estos fueron los propios térmi-

nos de que usó la Santísima Virgen, añadiendo, que ella la tomaría de nuevo debajo de su protección y la miraría como á su muy querida hija.

Una salud tan milagrosa llenó de admiración á toda la casa, ni se dudó ya más, ser el espíritu de Dios el que la guiaba; permitiósela comulgar todos los viernes primeros del mes á honra del Sagrado Corazón de Jesús, lo que bien presto fué imitado de toda la Comunidad, y no con poco fruto. Permitiósela asimismo tener la hora de oración que pedía, la cual fué para ella un manantial de bendiciones y de méritos, habiendo entrado á la parte en este tiempo, según se explicó ella misma, de la agonía y dolores de Jesucristo. Esto es lo que dice en una de sus cartas, dando cuenta de su interior.

"Habiéndome dado la obediencia este permiso, no es decible lo que en el espacio de esta hora padezco, porque me parece que este divino Corazón derrama por entonces en el mio una parte de las amarguras de su pasión y reduce mi alma á una especie de agonía tan dolorosa, que alguna vez creo hallarme en el punto mismo de espirar." Y en otra carta dice:

"Algún tiempo después, este divino Salvador me hizo ver en su sagrado Corazón dos géneros, por decirlo así, de santidad; una de amor, y otra de justicia: esta última obliga á Jesucristo á arrojar lejos de sí á los pecadores impenitentes, que han despreciado todos los medios que les ha presentado para su salvación. Por tanto, Dios les abandona, y entrega á sus mismos deseos; y por

este infortunio, llegun á quedarse insensibles en su propia maldad. Por esta Santidad de justicia, es por la que me hace padecer no pocas veces; pero especialmente sobre el punto de abandonar alguna alma que le ha sido particularmente consagrada. Las penas que entonces padezco, son tan dolorosas, que no hay un suplicio en esta vida que no me parezca sería menos cruel: yo juzgo, que consultando sólo á la naturaleza, querría más estar metida en un horno encendido, que tolerar las penas que entonces siento."

"La santidad de amor, no es menos dolorosa, en su modo: sus penas son para reparar en alguna manera la ingratitud é insensibilidad del corazón de tantos cristianos ingratos que en nada corresponden al amor abrasado de Jesucristo. Esta santidad de amor me hace padecer, por el pesar sensible que tengo de no poder padecer bastantemente inspirándome unos deseos tan ardientes de amar á Jesucristo, y de verle amado de todo el mundo, que no hay tormento que yo no recibiera con gusto, para hacerle así conocer y amar. Se me ha dado ahora á conocer, que estas dos santidades se ejercitarán continuamente en hacerme padecer y sufrir; y veis aquí lo que me colma de un gozo tal, que no sabré bastantemente explicar."

"No, mi R. P., yo no creo sabré vivir un momento sin sufrir. Cosa cierta es, que yo desfalleciera frecuentemente, si él no me sostuviera con una gracia particular, y es, á lo que me persuado, para alcanzar esta gracia, que mi divino Salvador me manda comulgar todos los primeros viernes de

cada mes; si ya no es, á fin de reparar tanto cuanto me sea posible, los ultrajes que ha recibido durante el mes antecedente en el Santísimo Sacramento. Veis aquí entre tanto lo que me causa ahora una especie de suplicio, que me es aun más sensible que todas las penas de que he hablado, es á saber, lo que entonces me dió á entender este amable Corazón con estas palabras: Yo tengo una sed ardiente de ser honrado y amado de los hombres en el Santísimo Sacramento, y apenas hallo con todo eso quien se esfuerce según mi deseo á apagar esta sed, usando para conmigo de alguna recompensa."

"En otra ocasión, me pareció ver este amable Corazón como un sol que esparcía sus rayos por todas partes, y sobre todos los corazones; mas de una manera bien diferente, según las diferentes disposiciones de aquellos sobre quienes estos rayos se difundían; porque las almas de los réprobos se endurecían aun más, como se endurece el barro á los rayos del sol, por el contrario, el corazón de los justos se purificaba más y se ablandaba como la cera. Nunca recibí alguna de estas gracias, que no me sintiese movida interiormente á dar á conocer este divino Corazón, sin hallar con todo eso el medio para poder hacerlo hasta tanto que fué enviado aquí el R. P. Colombiere, y que en la Octava del Santísimo Sacramento, colmada de más grandes favores, no pudiendo resistir ya más á las secretas reconvenciones que me hacía mi divino Maestro, quejándose amorosamente de mi poca fidelidad á sus órdenes, y de mi timidez, que no

no era propiamente otra cosa que un efecto de mi amor propio, fué preciso rendirme y descubrir a pesar mío á este Padre lo que había siempre tenido callado con tanto estudio, porque se me dijo entonces claramente, que este gran Siervo de Dios estaba destinado en parte para la ejecución de este gran designio."

"Me veo precisada muy R. P., á aseguraros que no sabré deciros más; porque si vos supierais el riguroso tormento que padezco cuando esto escribo, por más que me hayais dado á entender que esto es necesario á la gloria del sagrado Corazón de mi adorable Maestro, á la que toda estoy sacrificada, y que la obediencia me ha puesto un expreso precepto: si supierais digo no obstante, lo que padezco, pudiera ser hubieran sido muy otros vuestros pensamientos. Yo os he dicho todo esto sencillamente, y como me parece ha sucedido. Mas ay! ¿Aun una sola vez no me he engañado yo hasta aquí? Oh, quiera el cielo que toda mi vida no haya sido un puro engaño, una ilusión. Yo sé que Dios gusta á las veces emplear sus liberalidades con los que lo merecen menos; mas en fin, mis imperfecciones me dan gran motivo para temer, que todo esto no sea más que vanidad é ilusión. En todo eso que pasa por mí, nada hallo tan sólido como las humillaciones que de aquí pueden provenirme, y la felicidad que tengo en padecer."

Cierto es, que la virtud sólida y la más alta santidad, no consiste en revelaciones, ni en estas gracias extrordinarias; mas cuando todas estas gracias extraordinarias, y estas revelaciones, no

se ordenan más que á hacer amar más ardiente y perfectamente á Jesucristo: cuando son acompañadas de una profunda humildad y de una continua mortificación, y de una obediencia perfecta; estas gracias extrordinarias y estas revelaciones, son pruebas ciertas de una perfecta santidad.

Santa Teresa dice que una señal cierta de ser santo un arrobamiento es cuando produce en el alma deseos extraordinarios de padecer, y cuando esta alma queda siempre después de estas íntimas comunicaciones con Dios, con una sed ardiente de padecer y ser continuamente humillada por el amor de Jesucristo. Refiérese que queriendo consolar nuestro Señor á la bienaventurada Angela de Fulgino, á causa del temor que tenía, de que sus revelaciones y movimientos interiores no proviniesen del espíritu de Dios, la dijo estas bellas palabras: "Hija mía, las señales exteriores y sensibles que me pides para discernir si soy yo el que te hablo al corazón, son inciertas y pudieras ser engañada con ellas; mas yo te daré una que es infalible, y que no puede contrahacer el demonio; esta es un deseo tan ardiente de padecer penas, trabajos y humillaciones por mi amor, que no te cause menos júbilo el vivir entre los oprobios, que el que ordinariamente se tiene de vivir entre las honras."

Tales han sido las señales del espíritu de Dios, que hemos visto en todos los favores extrordinarios con que el cielo honró á nuestra Margarita. El fruto ordinario de estas grandes gracias, fué un deseo sumo de padecer y de ser humillada, y

sobre todo, de ocultar con el más cuidadoso estudio estos dones de Dios, deseando, en cuanto estaba de su parte, que nadie tuviese de ella el menor conocimiento. Todas estas comunicaciones familiares, que tan frecuentemente tuvo con Jesucristo, sólo sirvieron de hacerla más humilde, más obediente y más mortificada: el temor en que vivió siempre, de que en todas estas gracias no se mezclase algún engaño, la hizo siempre mirarlas como medios de que se servía Dios para obligarla á trabajar sin cesar en la adquisición de las virtudes sólidas.

"En el temor (dice en un escrito de su mano, que se halló después de su muerte) en el temor que siempre he tenido, de que no haya algún engaño ó ilusión en las grandes gracias y favores extraordinarios que recibo continuamente de mi Dios, tuvo á bien dignarse darme señales ciertas, por las cuales pudiese fácilmente distinguir lo que viene de parte de él, de lo que viene de parte del demonio, ó del amor propio, ó cualquiera otro movimiento natural. La primera fué, que estas gracias y favores particulares serían siempre acompañados en mí de alguna humillación, contradicción, ó desprecio de parte de las criaturas."

"La segunda, que después de haber recibido alguno de estos favores ó comunicaciones divinas, de que mi alma es tan indigna, me sentiría anegada en un abismo de aniquilación y confusión interior, que me haría sentir tanto dolor á la vista de mi indignidad, cuanto consuelo había recibido por las liberalidades de mi divino Salvador, sofo-

cando de esta suerte toda vana complacencia y toda estimación propia."

"La tercera, que estas gracias y estas luces, ya fuesen en orden á mí, ya en orden á otros; jamás producirían en mí el más mínimo sentimiento de desprecio de otro, cualquiera que fuese; y que por cualquier conocimiento que me diese del interior de los otros, no perderían para conmigo nada de su estimación, por más grandes que fuesen sus miserias; que todo esto sólo excitaría en mí sentimientos de compasión, obligándome á pedirle más instantemente por ellos."

"La cuarta, que todas estas gracias por extraordinarias que fuesen, jamás me servirían de impedimento para observar mis reglas y obedecer ciegamente á mis Superioras. Mi divino Salvador me hizo conocer, que las había de tal suerte sometido á la obediencia, que por poco que yo me hubiera apartado de ella, él se hubiera retirado de mí con todas sus grandes gracias."

"La última en fin, que este espíritu que me conduce, y reina con imperio tan absoluto sobre mi alma, me llevaría principalmente á estas cinco cosas. Primera, á amar con un amor extremo á mi divino Salvador. Segunda, á obedecer perfectamente á ejemplo de mi divino Salvador Jesucristo. Tercera, á querer padecer en silencio sin percibirse jamás, si ser pudiese, que yo padezco. Cuarta á querer padecer continuamente por el amor de Jesucristo. Quinta á tener una sed insaciable de comulgar, de estar delante del Santísimo Sacramento, de ser humillada, y de vivir po-

bre, desconocida, despreciada de todo el mundo, y en fin de morir consumida con el peso de todo género de enfermedades y miserias."

"Este soberano Señor de mi alma se ha dignado de hacer la misericordia á esta indigna pecadora, de darla estas señales, para conocer si las gracias que recibe viénen del buen espíritu ó no; y si yo mal no me engaño, á mí me parece, que todas las gracias que hasta aquí he recibido, han producido en mí todos estos efectos. En lo demás, siento, y veo ser más claro que la luz, que decir una vida sin amor de Jesucristo, es decir el colmo de todos los males imaginables."

Todos los que conocieron su interior, aseguraron haber llegado á una perfección consumada. El amor que tuvo á Jesucristo, siempre fué en aumento; apenas podía hablar otra cosa, que de la Devoción á su sagrado Corazón. "Que no pueda yo, dice en una de sus cartas, que no pueda yo decir todo aquello que sé de esta amable Devoción, y descubrir á toda la tierra los tesoros de gracias que Jesucristo encierra en este Corazón adorable, y cuánto es su deseo de repartirlas con profusión sobre todos aquellos que se aplicaren á practicarla! Yo os conjuro, mi R. P., que nada dejeis de hacer, á fin de inspirarla á todo el mundo. Jesucristo me ha hecho conocer, de un modo que no admite la menor duda, que principalmente por medio de los Padres de la Compañía de Jesús, es por quienes quiere establecer en todas partes esta sólida Devoción, y por ella hacerse un número infinito de siervos fieles, de perfectos

amigos y de hijos enteramente reconocidos. Los tesoros de gracias y bendiciones que en sí encierra este sagrado Corazón, son infinitos. Yo no se, haya algún otro ejercicio de devoción en la vida espiritual, que sea más á propósito para elevar en poco tiempo una alma á la mayor perfección, y hacerla gustar las verdaderas dulzuras que se hallan en el servicio de Jesucristo. Oid, yo digo con toda resolución, que si se supiera bien, cuánto esta Devoción es agradable á Jesucristo, que no hubiera cristiano alguno, por poco que sea su amor para con este Salvador adorable, que al punto no se aplicase á practicarla. Haced, pues, sobre todo, que la abracen las personas Religiosas, porque sacarán de ella tantos socorros, que no será necesario ningún otro medio más para restablecer el primer fervor, y la más exacta regularidad en las Comunidades menos bien arregladas, y para llevar al más alto grado de perfección á los que viven en la mayor observancia. Las personas seculares hallarán por medio de esta amable Devoción, todos los socorros necesarios á su estado, esto es, la paz en sus familias, el consuelo en sus trabajos, las bendiciones del cielo en todos sus negocios y el alivio en sus miserias: en fin, es propiamente en este sagrado Corazón, en donde hallarán un lugar de refugio durante toda su vida y principalmente á la hora de su muerte. Ay! Y qué dulce cosa es morir, después de haber tenido una tierna y constante devoción al Sagrado Corazón de Jesús! Mi divino Maestro me ha hecho conocer también, que los que trabajan en orden á la salvación

de las almas, trabajarán con acierto y sabrán el arte de herir los más duros corazones, si tienen una tierna devoción á su sagrado Corazón, y atienden y trabajan á inspirarla y establecerla por todas partes. En fin, ello es del todo evidente, que no hay persona en el mundo, que no reciba toda suerte de socorros del cielo, si es que tiene para con Jesucristo un amor verdaderamente reconocido, tal cual es el que *se le muestra* y testifica por la devoción á su sagrado Corazón." Por último, ella dijo positivamente al Padre Colombiere, cuando parece estaba del todo opuesto al establecimiento de esta Devoción, y no había aun apenas *apariencia* de que *jamás* hubiese de ser bien recibida, que aunque viese á todo el mundo embravecido contra esta Devoción jamás perdería la esperanza de verla establecida, después que percibió estas palabras de su divino Maestro: "Hija mía no te desalientes por tantas oposiciones; yo reinaré á pesar de mis enemigos, yo daré cumplimiento al designio para que te escogí, por vigorosos que sean los esfuerzos de aquellos que se opusieren á él." En efecto ella tuvo el consuelo de ver enteramente cumplidas sus promesas algunos años antes de su muerte: vió erigida una magnífica Capilla en un cercado de su monasterio, en honor del sagrado Corazón de Jesús, y tuvo también el placer de saber, que este ejemplo había sido seguido de muchas otras Religiosas, y que esta Devoción se iba estableciendo cada día más y más, con un fruto maravilloso. Fácilmente se puede echar de ver, que todo esto no puede suceder,

sino á fuerza de sucesos bien raros y prodigiosos.

Cumplido así tan venturosamente el designio para el cual la había destinado el cielo, quiso Dios coronar tantos favores como la había hecho, con el último de todos, llamándola á una vida más dichosa. Ya había más de un año que sentía un fuego interior, mucho mayor que el ordinario, que la consumía; en fin, levantóla á aquella sublime perfección de *que habla* Santa Teresa, en que una alma llega á estar tan íntimamente unida con Dios, que no es ya ella quien vive, más Jesucristo es quien *vive* en *ella*, en un perfecto consentimiento á sus ordenes, sin tener *otros* deseos, ni otros sentimientos, que los de Jesucristo: mas su profunda humildad la hizo luego mirar esta perfecta tranquilidad de corazón, en que en este estado se regocijaba su alma, como un castigo de Dios.

"Yo no sé, mi Reverendo Padre, escribió á aquel Jesuita confidente, lo que debo juzgar del estado en que al presente me hallo. He tenido hasta aquí tres deseos tan ardientes, que eran como tres tiranos que me hacían padecer un continuado martirio, sin permitirme un sólo momento de reposo. Estos tres deseos eran, de amar perfectamente á mi Dios, de padecer mucho por su amor, y de morir en este ardiente amor, y por el ardor de este amor: mas al presente me hallo en no sé que *tranquilidad* de corazón, y en una cesación de deseos, que me pasma. Temo, que esta pretendida paz no sea quizá un efecto de aquella insensibilidad en que Dios deja á las veces caer á

las almas no fieles; y temo, que por mis grandes infidelidades á sus gracias, no sea ya reducida á este estado, que quizá es una especie de abandono y de reprobación; porque os aseguro, que no puedo ya querer más, ni desear nada en este mundo, por más que veo bien que en materia de virtud todo me falta. Yo quisiera alguna vez afligirme en esto mismo, mas no puedo, ni está en mi mano, por decirlo así, el hacerlo. Yo siento solamente un perfecto consentimiento al buen querer de mi Dios, y un placer inefable en padecer. El pensamiento que me consuela á tiempos, es, que el sagrado Corazón de nuestro Señor Jesucristo será todo para mí, si yo le dejo obrar: él querrá, él amará, él deseará por mí, él suplirá todos mis defectos"

A este estádo de perfección había llegado, cuando plugó á nuestro Señor llamarla para sí. Hay fundamentos para creer tuvo revelación de su muerte mucho tiempo antes que cayese enferma; y tres meses antes de su enfermedad escribió á aquel Padre confidente, de una manera tal, que daba á entender sería la última vez que le escribiría; y dijo positivamente á una de sus Hermanas, á quien hablaba con mayor confianza, que ella moriría aquel año, añadiendo, que no servía ya sino de obstáculo á la exaltación del sagrado Corazón de Jesucristo y al entero establecimiento de esta santa Devoción. Ella no conoció el verdadero sentido en el cual tuvo razón de hablar así; mas se vió luego, pues si no hubiera muerto, no se pudieran aún publicar las gracias extraor-

dinarias que la hizo Dios á causa de esta Devoción. "Moriré, dijo á esta misma Hermana, moriré ciertamente este año, para no impedir los grandes frutos que mi divino Salvador pretende sacar de un libro de la Devoción al sagrado Corazón de Jesús, que el Padre Croisset hará imprimir luego al punto. Ella habló aquí de aquello de que naturalmente no podía tener entonces conocimiento alguno; pues que no sólo no se pensaba entonces en componerle, mas que se la había escrito asimismo positivamente, que no era tiempo ni aun de pensar en ello por algunos años.

Luego que cayó enferma, aseguró también que se moriría; mas la enfermedad pareció tan poco peligrosa, que aquel día mismo que murió, aseguraron los médicos no haber de ello la menor apariencia; mas ella persistía siempre en decir muy positivamente, que se moría. Esta certidumbre de su muerte la hizo pedir con instancia desde la víspera del día en que murió se le administrase el Santo Viático; y como se la dijese no estar tan mala, ni en ese pasage, pidió, que á lo menos, pues estaba aun en ayunas, la diesen la Comunión; hízose así, y la recibió con una devoción extraordinaria, diciendo que la recibía en forma de Viático; pues sabía bien que esta sería ya la última vez que comulgase.

Las virtudes que ejercitó en el tiempo de su última enfermedad, correspondieron perfectamente á aquella alta idea de perfección que se había formado de ella en el discurso de su vida. Una de las Religiosas, observando lo mucho que pade-

cía, se la ofreció á procurarla cualquier alivio; mas ella no admitió la oferta, diciendo que eran demasiadamente preciosos los momentos de tiempo que la restaban de vida, para dejarlos pasar sin aprovecharse de ellos: que era así que padecía mucho; pero que no padecía aun lo bastante; que hallaba tanto placer en vivir y morir sobre la Cruz, que por ardiente que era el deseo que tenía de morir, consentiría con todo eso con una muy entera y libre voluntad en permanecer en el estado en que se hallaba, hasta el día del juicio, si tal fuese el beneplácito de Dios. Tantos fueron los dulces encantos que halló siempre en sus penas.

Jamás creo, hubo persona que mostrase deseo mayor de morir: todos los que la visitaron en su enfermedad, admiraban el extraordinario júbilo que la causaba el pensamiento de la muerte. Mas Dios quiso interrumpir por algún breve tiempo este piélago de dulzuras interiores en que estaba anegada, inspirándola un temor tan grande á su divina justicia, que de repente se vió asaltada de unas congojas extrañas á la consideración de los terribles juicios de Dios. Quiso su Magestad por este medio acrisolar más esta alma santa. Viéronla temblar, humillarse, abismarse delante de su santo Crucifijo: oyéronla repetir con profundos suspiros estas palabras: *misericordia mi Dios, misericordia;* mas á breve rato se disiparon todos estos temores, su espíritu se halló en una grande calma y con una seguridad grande de su salvación; el júbilo y dulce tranquilidad de su corazón, se dejaban bien ver en su rostro. Una hora antes

de su muerte hizo llamar á su *Superiora, á quien* había prometido no moriría sin primero avisarla; *suplicóla mandase* administrarla luego la santa Unción, y no se la procurasen ya más aquellos cortos alivios que se la aplicaban: dijo, que ya no hablaría más, ni la restaba más que hacer, que abismarse en el sagrado Corazón de Jesucristo, para dar allí el último suspiro. Dichas estas palabras, y habiendo fijado suavemente los ojos en su Crucifijo, *se estuvo* así en un admirable sosiego, en el cual al concluirse la última Unción, habiendo proferido cuanto los asistentes sólo pudieron percibir, el santo nombre de Jesús, rindió dulcemente su espíritu entre las manos de su Criador, el día diez y siete de Octubre de mil seiscientos noventa, siendo de cuarenta y dos años, en un olor maravilloso de santidad.

La muerte de esta Santa Virgen hizo en el espíritu de todos, aquellas impresiones de admiración y de piedad que suceden de ordinario en las muertes de los justos, cuya memoria es bendición. Oyéronse luego resonar por toda la casa y por toda la ciudad estas palabras: *"La Santa ha muerto;"* y bien lejos de sentirse aquel natural horror que se tiene á un cadáver, nadie podía dejar de mirarle, y todos se detenían en su presencia con placer: muchos aseguraron, que en su semblante *se* percibía un no sé qué que inspiraba aquella veneración, y aquellos sentimientos de devoción que se sienten á las reliquias de los santos. El concurso del pueblo fué tan numeroso á sus funerales, que los Sacerdotes que hacían el Oficio, fueron

interrumpidos muchas veces por los clamores de los que pedían se les permitiese tocar sus rosarios al venerable cadáver: unos pedían de sus vestidos otros alguna carta ó escrito de su mano, cada uno quería entrar á la parte de sus reliquias; y la veneración que se tiene á esta Santa difunta, va todos los días en aumento.

No se puede dudar que Dios reveló muchas cosas secretas y ocultas á esta Santa Virgen, y que tuvo muchos conocimientos sobrenaturales de las cosas futuras. El Padre Colombiere y muchos otros, vieron suceder lo que ella les había prevenido mucho tiempo antes que sucediera, no obstante que todas las señales eran contrarias á que tal cosa sucediese. Apenas hay persona de todas las que tuvieron la dicha de hablar con ella, que no se sintiese extraordinariamente movida por sus palabras, y que no saliese de su conversación con una resolución nueva de amar más ardientemente á Jesucristo.

Muchos otros aseguran haber alcanzado después de su muerte, varias gracias particulares que pidieron por su intercesión. Pruebas son estas que parecen convincentes, de que de Jesucristo recibió las gracias extraordinarias que se han apuntado, y que sus revelaciones, se puede juzgar, son del número de aquellas á las cuales se las puede dar fe seguramente. Mas con todo eso se debe decir que su amor extremado para con Jesucristo, aquella perfecta obediencia, aquel amor prodigioso á las penas y aquella profunda humildad que conservó hasta el último suspiro, la ha-

cen más estimable á los ojos de aquellos que saben juzgar de la santidad, y preferirla á los mayores milagros.

DECRETO DE BEATIFICACION.

PIO PAPA IX.

PARA PERPETUA MEMORIA.

Jesucristo autor y consumador de nuestra fe, que, movido por excesiva caridad, después de haber tomado la débil naturaleza mortal, se ofreció á Dios en el ara de la cruz como víctima inmaculada para redimirnos de la afrentosa esclavitud del pecado, no ha tenido más vehemente deseo que el de encender de todos modos en las almas de los hombres las llamas de caridad que abrasan su Corazón, según vemos en el Evangelio que así lo aseguró á sus discípulos, en los siguientes términos:

He venido á poner fuego sobre la tierra, y ¿qué es lo que quiero sino que se encienda?

Por lo mismo, y á fin de inflamar más y más este fuego de la caridad, ha querido que se estableciese y propagase en la Iglesia la veneración y el culto de su Sagrado Corazón: ¿Y quién habrá tan duro y rebelde que no se sienta movido á volver amor por amor á ese Corazón suaví-

simo, que fué traspasado y herido por cruel lanzada á fin de ofrecer á nuestra alma un abrigo y un refugio donde pueda estar á cubierto y en seguridad contra los asaltos y las redes del enemigo?

¿Quién no se sentirá impulsado á tributar profundos homenajes á ese Corazón Sagrado de cuya herida brotaron agua y sangre, fuente de nuestra vida y de nuestra salud?

Para establecer tan piadoso culto y difundirlo entre los hombres, Nuestro Señor se dignó escoger á su venerable sierva Margarita María Alacoque, religiosa de la orden de la Visitación de Santa María, que, por la inocencia de su vida y el ejercicio continuo de todas las virtudes, y ayudada de la gracia de Dios, se mostró digna de un empleo y de un ministerio tan elevado. Nacida de una familia honrada en la aldea de Lhautecourt, diócesis de Autun, en Francia, fué desde sus primeros años tan dócil y era su virtud tan superior á su tierna edad, que sus padres pudieron desde entonces presagiar de una manera cierta lo que sería para lo futuro.

Aún siendo muy niña se apartaba de las diversiones que seducen de ordinario en esa edad tan tierna, y buscaba en su casa el sitio más retirado donde ofrecer á Dios en profundo recogimiento sus adoraciones y sus homenages. Llegada á la adolescencia, evitaba el trato de los hombres, teniendo su mayor delicia en frecuentar el templo y pasar allí largas horas orando y meditando. Habiéndose consagrado á Dios desde sus

primeros años en el voto de virginidad, aflijía su cuerpo con ayunos, disciplinas y toda clase de austeridades, como para guardar dentro de un cerco de espinas la flor de la virginidad. Fué además un modelo ilustre de mansedumbre y humildad; porque habiendo muerto su padre, y estando la madre bajo el peso de los años y de una grave enfermedad, fué tratada con tanto rigor y dureza por las personas encargadas de gobernar la casa, que casi siempre le faltaba para el alimento diario y los vestidos. Por grande que fuese la tiranía y la injusticia de semejante conducta, la soportaba con ánimo sereno, sin perder jamás de vista el ejemplo de Jesucristo paciente. A la edad de nueve años fué admitida por primera vez al banquete eucarístico, adquiriendo con este celestial alimento tan ardiente caridad, que el fuego divino parecía brotar de sus labios y de sus ojos. Inflamada igualmente de caridad por el prójimo, deploraba con amargura la miseria de una multitud de niños casi abandonados de sus padres, que crecen en el vicio y en la ignorancia de las cosas más necesarias á la salvación; y para remediar este mal, les enseñaba con paciencia los misterios de la fe, los formaba en la virtud, y para sustentarlos, se privaba diariamente de una parte de sus mismos alimentos.

Habiendo fijado su elección en el Celeste Esposo, cuando su madre le propuso gozar de riquezas y una alianza brillante, las rehusó con firmeza, y para guardar con más seguridad la fe que había prometido á su celeste Esposo, deci-

dió seguir en el claustro la vida de las vírgenes consagradas á Dios. Después de haber deliberado detenida y seriamente consigo misma; después de haber consultado, por medio de la oración, la voluntad divina, á la edad de veintitres años fué recibida entre las religiosas de la Visitación de Santa María, en el monasterio de Paray le Monial, de la diócesis de Autun.

Habiéndose mostrado durante su noviciado, tal como lo había hecho esperar por sus bellas disposiciones para la virtud y la inocencia de su vida, se le admitió á pronunciar los votos solemnes. Después de profesa se la vió caminar á grandes pasos en la perfección religiosa, ofreciendo á sus compañeras consagradas á Dios el ejemplo de todas las virtudes. Brillaba en ella una maravillosa humildad, una prontitud extraordinaria en obedecer y una paciencia admirable para soportar todo género de contrariedades; un cuidado nimio en observar hasta las menores reglas; una austeridad que la llevaba á macerar continuamente su cuerpo; un ardor infatigable en la oración, á la cual se aplicaba de día y de noche, y en la que su alma, desligada de los sentidos, era frecuentemente inundada en la abundancia de los dones celestiales. Al meditar en los sufrimientos de Nuestro Señor Jesucristo, sentía un dolor tan vivo y se inflamaba de tal modo en el fuego del amor divino, que muchas veces caía desvanecida y permanecía exánime.

Habiéndose atraido la admiración de todas sus

compañeras, por la eminencia de sus virtudes, se le confió el encargo de ejercitar y de formar en la vida religiosa á las jóvenes novicias; encargo que ninguna podía cumplir mejor que la venerable Margarita María, quien, por medio del ejemplo, estimulaba á las jóvenes cuya maestra era, á entrar en la vía de perfección, y afirmaba sus pasos en esa carrera.

Un día en que oraba con mayor fervor que de costumbre en presencia del Santísimo Sacramento del altar, Nuestro Señor Jesucristo la hizo conocer que le sería muy agradable ver establecido el culto de su Sagrado Corazón, tan inflamado hacia los hombres por el fuego de la caridad, y que á ella quería confiarle esta misión. Humilde como lo era, la venerable sierva de Dios quedó aterrada estimándose indigna de tan alto ministerio; sin embargo, para obedecer á la voluntad suprema y satisfacer el deseo que tenía de encender en el corazón de los hombres el fuego del amor divino, hizo cuanto al intento pudo entre las religiosas de su monasterio y entre cuantos ejercía alguna influencia para que el Sagrado Corazón, fuente de toda caridad, recibiera honra y adoraciones. En esta empresa la venerable sierva de Dios tuvo que sufrir grandes penas y vencer innumerables dificultades, que jamás le hicieron perder el ánimo, y contando con los socorros celestiales se aplicó con tal actividad y constancia á establecer aquella devoción, que bien pronto logró extenderla con gran provecho

de las almas y propagarla muy lejos en el seno de la Iglesia.

En fin, deseando romper las ligaduras terrenales para volar á las celestes nupcias del Cordero, por las que tan ardientemente suspiraba, consumida, no tanto por la enfermedad cuanto por el fuego de la caridad, llegó al término de su vida mortal el día 17 de Octubre de 1690.

La opinion que había comenzado á extenderse respecto de la santidad de la venerable Margarita María, creció mucho después de su muerte por el brillo de los prodigios atribuidos á la intercesión de la venerable sierva de Dios. Por esta razón, el año de 1715 el Obispo de Autun hizo levantar en tiempo oportuno informaciones en regla sobre la vida y costumbres de la venerable. Pero la revolución que á fines del siglo XVIII trastornó á casi toda la Europa, no permitió someter la causa al juicio de la Santa Sede. Calmada un tanto la deshecha tormenta, se solicitó el juicio de la Silla Apostólica, y se introdujo en la Sagrada Congregación de Ritos el proceso de las virtudes que habían ilustrado á Margarita María; y después de un serio y minucioso exámen, declaramos que había practicado esas virtudes en grado heroico, según decreto promulgado el 23 de Agosto de 1846.

En seguida fué propuesta en el seno de la misma Congregación la discusión de los milagros por los cuales se afirmaba que el cielo había dado testimonio de la santidad de la venerable

con tal que estén suscritos por el Secretario de la Sagrada Congregación de Ritos, y sellados con el sello del Prefecto, merezcan la misma fe que se daría á nuestras letras originales, como expresión de nuestra voluntad.

Dada en Castengandolfo, bajo el anillo del Pescador, á 19 de Agosto de 1864, décimo noveno de nuestro Pontificado.

N. Cardenal Paracciani Clarelli.